

CATULLE MENDÈS
(1841-1909)



LA NOVELA ROJA

Centenario de la muerte de Catulle Mendès

Título Original: *Le roman rouge*.

Edición original: Ernest Flammarion editeur. París. 1887

© Por la traducción: José M. Ramos González. Pontevedra, 2009. En exclusividad para

<http://www.iesxunqueira1.com/mendes>



Cubierta de la edición original

*A Sthéphana Gretnienska
En el castillo de N... cerca de W...*

I

Desde la fortaleza de R..., el... de 187...

Cómo debe latir de espanto tu querido y delicado corazón, paloma mía, cuando por descuido se pronuncia en tu presencia esa vil y siniestra palabra: «¡Nihilismo!» y cómo has debido asombrarte, y llorar, y retorcer tus frágiles dedos hasta el punto de hacerte daño con el engaste de tus sortijas cuando has sabido, – pues sin duda lo sabes, – que tu Alexandra, tan dulce y tan blanca, «tu hermanita de nieve», como tú decías, ha sido detenida, juzgada, condenada y encerrada en una fortaleza por haber matado a un hombre.

Sin embargo es verdad, he matado a un hombre, ¡a un general!, y soy una nihilista feroz.

¿Recuerdas nuestra juventud? Estábamos en Wilna, en tu bella Lituania, en casa de tu tío el mariscal. Había más flores en el parque que estrellas pueden verse en el cielo; y recuerdo mis manos llenas de violetas por las mañanas, y los labios rojos de las fresas recogidas entre el musgo, y como entrábamos en casa de algún buen aldeano que nos ofrecía una escudilla blanca de leche de oveja o negra de cabra...

¡Ah! ¡Qué época hermosa! ¿Todavía amas a tu primo, ese guapo oficial que tenía unos bigotes tan finos?

Ahora vivo en un sombrío reducto, y se me introduce en él con rudeza, empujándome por los hombros.

Muros negros y blancos, – como paños mortuorios. – Un ventanuco tan estrecho que un solo barrote basta para impedir pasar la luz del día. Y cerca del camastro donde apenas tengo espacio para caber entera, a pesar de mi pequeña estatura, hay un gran cántaro que en la sombra parece un enorme perro negro de pie sobre sus patas traseras.

Sin embargo estoy contenta porque he cumplido con mi deber.

Solo me aflige una cosa. ¿Tal vez ya no me quieras? Tú te dirás: «Alexandra es una criminal, una infame.» No, querida. Yo era buena, tú lo sabes. Pues bien, me he vuelto mejor. Te escribo para explicártelo.

¿Te llegarán mis cartas? No estoy muy segura de ello. Sin embargo, el hombre que me trae la comida me ha prometido recogerlas y expedirlas en un despacho de correos de la ciudad.

Confío en él porque la primera vez que ha entrado en mi celda canturreaba entre dientes una tonada que yo conocía muy bien, una tonada contundente y dulce, ¡la marcha triunfal de la nueva Rusia!

La canturreaba para hacerme comprender que era «un amigo»; nos hemos entendido enseguida. Es un buen hombre que está viudo. Tiene una hija de nuestra edad, mi Stéphanie, – y está loco por ella. Cuando habla de su hija las lágrimas afluyen a sus ojos. Como puedes ver no ha renunciado del todo a los viejos prejuicios. Pero estaba muy relacionado con aquellos que han incendiado las barracas de Karkhoff.

Así pues, puedo esperar que mis cartas te sean enviadas. ¡Tengo muchas cosas que decirte, querida! Tú no sabes nada. Cuando lees en un periódico que los nihilistas han asesinado a un jefe de negociado o incendiado una ciudad, exclamas: «¡Oh! ¡despreciables!» Te equivocas al pensar de ese modo. Yo daría mi vida para impedir a un niño derramar una lágrima. No es culpa nuestra si el mal es necesario para obtener el bien. Además, ¿existe el mal? ¿Quién puede decir: esto es honesto o esto no lo es? La Conciencia es una palabra; la Virtud, tal vez, no es más que una moda moral... En fin, estamos obligados a ser lo que somos. Te haré comprender todo esto.

Pero antes de confesarte por qué me he convertido en una nihilista, y por qué estoy orgullosa de serlo, he de contarte lo que los jueces han llamado mi «crimen».

Hace algunos meses recibí una orden: no quiero decirte aún de quién procedía esa orden.

Por aquel entonces yo estaba en M... con mi madre.

Solicité de inmediato una audiencia con el general Markeloff. Tenía una petición en la mano que debía servirme de pretexto para pedir ser recibida.

Tal vez no sepas lo que son las audiencias en los despachos de los generales.

Lo que se ve en primer lugar, al entrar en la gran sala, son los ayudantes de campo o los comisarios civiles. Éstos reciben a los solicitantes de audiencia y les designan el lugar donde cada uno deberá permanecer mientras esperan que Su Excelencia se digne a dejarse ver.

Los hombres que llevan condecoraciones, las mujeres de un cierto estatus o vestidas con alguna elegancia, son introducidos en el acto en una habitación reservada; pero no es indispensable estar condecorado o bien vestido para entrar en esa habitación, basta hablar francés.

En Rusia todas las personas elegantes tienen horror por el idioma ruso.

En otra estancia son introducidas las personas que no están condecoradas, ni ricamente vestidas, pero que al menos están vestidas a la moda occidental. Son los pequeños burgueses de campo, los oficiales jubilados, los patronos de fábricas, los marineros extranjeros, – y también los judíos con largos chalecos. No hablan en francés, es cierto; se oye en su cháchara una singular mezcla de palabras españolas, suecas, italianas, inglesas, holandesas; la mayoría se expresan en alemán; pero finalmente, como no hablan ruso, tiene derecho a una sala de espera reservada.

En cuanto a los rusos que hablan la lengua de su país y que van vestidos según la moda de su región, se les deja cerca de la entrada de la sala comunal, lo más a menudo en la escalera. Es bastante bueno para ellos.

Por fin el general se deja mostrar.

Habla francés con los solicitantes de la sala de honor, con una simpática sonrisa:

–*¿Qué puede hacer por usted, querido señor? ¿En qué puedo serle útil, querida señora?*

Habla alemán, con sonrisas menos amables, con los solicitantes de la segunda estancia:

–*Was ist Ihr Belieben, lieber Mann? Was gefoelt Ihnen, gnoedige Frau?*

En cuanto a los peticionarios de la sala comunal, no les habla del todo. ¡El general no sabe ruso!

Cómo yo estaba vestida con una elegancia muy rebuscada – siguiendo las órdenes que había recibido – y cómo he tenido una parisina por institutriz, un ayudante de campo me introdujo sin demora, no en la sala de honor, sino en el mismo gabinete del general Markeloff.

El general dijo al ayudante de campo:

–Déjenos.

Ya sabes querida: soy bonita.

Dije al general:

–Excelencia, vengo a rogaros que ponga en libertad a Paul Petrowitch Spiaguine y a su esposa Tatiana Fedorowna, que han sido arrestados por haber copiado y distribuido unas «canciones de soldados».

Su Excelencia me miró con aspecto sorprendido.

–¿Cómo se llama usted?

–Alexandra Iwanowna Medjanof.

–¿Las personas detenidas son parientes suyos?

–No – le dije.

–¿Entonces por qué diablos intercede en su favor?

–Esa no es la cuestión, Excelencia – respondí.– ¿Quiere o no dejar libres a ese hombre y a esa mujer?

–¡No, vive Dios!

Entonces extraje rápidamente un cuchillo que había ocultado en los encajes de mi corsé y se lo hundí en el vientre al general.

Él gritó, cayó, acudieron personas.

Mientras me agarraban, yo miraba tranquilamente al general retorcerse sobre la alfombra que se empañaba con su sangre.

¿Recuerdas aquél día, en el parque de tu tío, cuando recogimos en medio de las hierbas a una pobre curruca que se moría, herida en la cabeza sin duda por una ave de presa?

Palpitante, se arrastraba con las alas abiertas; de entre las plumas le salía como un pequeño rocío rojo.

Yo la tomé entre mis dedos, besé su herida y cuando murió, allí, en un estertor de alas, muy cerca de mis labios, rompí a llorar.

Pero no puedo escribirte más hoy, viene el guardián a recoger mi carta.

Hasta mañana.

¿Quieres que te abrace, dime, aún cuando estoy manchada de sangre?

II

Desde la fortaleza de R..., el... de 187...

¡Soy yo, querida! Hola, mi Stèphana. A lo lejos suenan las doce entre la niebla gris. A esta hora regresas de la iglesia, llevando en la mano tu pañuelo de encajes que conserva un perfume de incienso, y un pequeño misal – a menos que no sea una novela francesa sustraída de la biblioteca de tu tío. ¡Te conozco, querida devota! Pero escucha. Voy a decirte como me he convertido en más terrible que Judiht o Jahel, yo que me conmovía viendo una golondrina con una mosca en su pico.

Tras algunas semanas pasadas en tu compañía en el castillo de tu tío, regresé a M... donde mi madre me reclamaba. Sabes que mi padre había muerto desde hacía tiempo; jamás lo conocí excepto por un gran retrato que lo representa vestido de general y donde sus años de servicio estaban inscritos en números romanos, y tres bonitos escupitajos parecidos a soles artificiales.

En M... hice mi entrada en sociedad, – ¡una entrada triunfal, paloma mía! ¡Recuerdas mis aires impertinentes y mi sonrisita burlona? Hicieron furor. Sobre todo tenía un modo de inclinar la cabeza hacia el hombro izquierdo, cerrando a medias los ojos, que fue declarado irresistible y que me hizo conquistar la estima general. Tenía todo el aspecto de una auténtica jovencita rusa o de una muñeca fabricada en París, – lo que es absolutamente lo mismo.

Además, yo era una sabihonda.

Como la mayoría de mis amigas había sido educada en una «institución de nobles señoritas»; y tú sabes todas las cosas hermosas que se enseñan en esos sitios. Aprendí francés, un poco de historia, aritmética, alemán, piano, astronomía, botánica, el vals a dos tiempos y el italiano, que es muy útil para comprender lo que cantan los tenores que vienen con nombres acabados en *i* al país de los nombres acabados en *off*; incluso sabía un poco ruso, porque al fin y al cabo hay que hacerse entender bien por los *dorovis*¹, aunque tan solo sea para explicarles por qué se les golpea. – ¡Cómo no estar de moda con tal educación y el pequeño hociquito de gata blanca que tú bien conoces?

¹ Los dorovis son los siervos liberados que han permanecido en la casa en calidad de criados.

¡Debes pensar que mi vida estaba colmada! Visitas, paseos, largas sesiones en los almacenes, cenas en la ciudad; y, por la noche, bailes o espectáculos. Naturalmente no iba a ver las obras rusas; Ostrowski me parecía un autor completamente ridículo; El Sr. Victorien Sardou, magnífico. Me chiflaban también las operetas, y nadie me hubiese hecho consentir en cantar una estrofa de Glinka o de Rimski Korsakoff, pues tenía mi reputación de señorita «como es debido.»

Por supuesto nunca me aburría, nunca, – salvo cuando miraba a mi nueva gobernanta, una rusita que se llamaba Warwara Lakharowna Bogodouchow.

¡Oh! ¡qué triste aspecto tenía esta pobre Warwara!

No demasiado vieja, pero alta, flaca, huesuda, amarillenta, se hubiese dicho que era Don Quijote vestido de mujer. Imagínate, querida, que llevaba los cabellos cortos – sí, los cabellos cortos – bajo un espantoso gorrito de paja negra, sin flores, ni cintas, ni velo; que su traje estaba invariablemente compuesto de un vestido de lana oscura, muy largo, muy estrecho, colgante, parecido a una vaina de espada, con el cuello de la camisa alto y una corbata negra; y tenía sobre una nariz enorme, que parecía el reverso de un cuchillo de cortar, ¡unas gafas de oro con cristales azules! ¿Puedes imaginártelo, paloma mía? Y cuando le preguntaba por qué se vestía de ese modo me respondía en voz baja:

–Así deben ser las Guardianas de la Verdadera Luz, aquellas que han alcanzado la Clarividencia Nihilística.

Yo no comprendía del todo, pero te aseguro que me daba mucho miedo, sin saber la razón.

Te he hablado de mi gobernanta; ahora debo hablarte de mi enamorado. Pero no, no era un enamorado. Boris – no debo decirte sus otros nombres – no pensaba ni en amarme ni en hacerme la corte. Tenía razón; no me habría gustado, – no, no del todo. Aunque fuese muy joven, tenía un aspecto grave, severo, casi taciturno; se vestía muy descuidadamente y tenía la insostenible manía de hablar ruso a las personas de la buena sociedad; en fin, como regresaba de la universidad de San Petersburgo, todavía tenía los modos a la vez torpes y enfáticos de los estudiantes de hoy en día. ¡Tienes razón al pensar que yo no habría hecho caso de semejante pretendiente! Pero tenía unos ojos muy bonitos y profundos, que miraban con tristeza.

Tal vez fue a causa de esa tristeza por lo que me interesé en él; pues no me resultaba indiferente, lo confieso. Hablaba poco – y nunca el francés, – no sonreía demasiado, no jugaba, no bailaba, – una especie de huraño. Pues bien, a pesar de eso, me gustaba ir a las casas o a los paseos donde sabía que lo encontraría. Me gustaba conversar con él, incluso en ruso. Su voz era muy grave, sin embargo tenía algo dulce. Me hubiese gustado saber por qué Boris estaba triste...

Una noche me atrevía a preguntárselo. ¡Vas a ver lo audaz que es una muchachita!

Estaba en el baile y nunca había estado más bonita. El coronel R... vino a invitarme para la mazurka. ¡El coronel R... era un elegante caballero y el primer oficial del ejército ruso en dirigir una polonesa y conducir un cotillón! Sin embargo rehusé – porque había visto a Boris atravesar el salón, con un rostro más sombrío aún que de costumbre, y bajar hacia el jardín.

Mientras se bailaba la mazurka, me evadí y bajé también.

Boris, apoyado en la balaustrada de una terraza, estaba solo en la oscuridad, y tenía el aire de mirar fijamente algo en la noche a lo lejos.

Cuando estuve cerca de él pude observar que lloraba.

–¡Oh!,– murmuré temblando –¿por qué estás tan triste? ¿Quieres decírmelo?

Él se sobresaltó. Sin duda no me había visto acercarme.

Me miró un largo rato, muy largo, sin responder. Sus húmedas miradas eran de una dulzura infinita.

Finalmente dijo:

–¿Quieres saber por qué estoy triste?

–Sí.

–Lo sabrás. Escúchame.

Y hablaba con una voz tan emocionada que yo pensaba: «¡Oh! vas a ver, ¡me va a decir que me ama!» pues era posible que me amase.

Precisamente yo estaba tan bonita esa noche.

Pero no, no era a mí a quien amaba...

Figúrate, querida, que pensando en todo eso yo también lloro como Boris lloraba.

Ya no veo lo que escribo... Hasta mañana.

III

Desde la fortaleza de R..., el... de 187...

¡Oh! si supieses, mi Stéphaná, ¡qué gran discurso pronunció! Había adoptado un aspecto tan solemne, un poco ridículo también, – no, únicamente solemne – y habló con voz ardiente, con los ojos dirigidos al cielo, ¡cómo un apuesto y joven profeta!

«–Si sufro y si lloro es a causa de la vieja madre dolorosa que ve a sus hijos morir de miseria y de rabia entre sus agotados senos.»

«¡Lloro por ti, Rusia!

«Un loco melancólico, al que los cobardes llaman amo, posee ¡ochenta millones de hombres, un formidable tropel de vivos! Algunos, deslumbrantes, opulentos, cínicos, empenachados de plumas, se sacian de carne y vinos; pero los otros, los sin número – como bueyes rumiando el vacío – ¡no comen más que su hambre, no beben más que su sed!

«En un solo año, quinientas personas han sido encontradas muertas de inanición en las calles de San Petersburgo.

«¡Viajero! dirígete hacia ese campo, mira a ese hombre. Es un aldeano, un hombre libre, como se dice, puesto que ya no hay esclavos en Rusia. ¿Lo ves bien? Se inclina hacia la tierra. ¿Por qué? Sin duda la trabaja o echa en ella semillas. Mira mejor. Ese hombre libre no trabaja la tierra, no la siembra. ¿Que hace entonces? La come.

«Se le ha dado esa parcela de campo; pero como con la tierra no se le ha dado ni la carreta, ni el arado, ni el buey, ni el caballo, no puede sembrar la tierra. Entonces, desfalleciendo de necesidad, ¡la come! Y si encuentra alguna raíz, la guarda para la mujer y los niños que esperan en la choza.»

«Ven aquí, hombre, quien quiera que seas. ¿Tienes un pleito? Bien. Acércate, voy a darte un consejo: debes ir a casa de tu juez.

«–¿Para qué? El derecho me ampara; mi adversario es un tunante demostrado; es inútil que pida.

«–¡Tres veces bruto! ¿Acaso por casualidad tú eres un hombre honrado? Vamos, ve a casa del juez, te digo. No le hables de tu asunto; charla de mil cosas; si sabes una

anécdota divertida no dejes de contársela; luego, al retirarte, desliza un billete de quinientos rublos en la mano del magistrado. Puedes estar tranquilo, ganarás tu litigio.

«-¡Pero yo no quiero pagar para que se me haga justicia!

«-¡Imbécil!

«-Y además, no tengo quinientos rublos.

«-Pues dale trescientos. Tal vez el juez se conforme con ellos.

«-¡No los tengo!

«-Dale doscientos.

«-¡No los tengo!

«-Tu situación es grave. ¿Estarás casado, al menos?

«-Mi esposa ha muerto.

«-Pero tal vez tengas una hija.

«-Sí.

«-¿Bonita?

«- No. Bizquea.

«-¿Y te atreves a pleitear? No tienes dinero que dar, ni mujer que prestar, ni hija que ofrecer, ¿y te atreves a pleitear en Rusia?

«-¿Qué pasa pues? ¿Acaso en nuestro país todos los jueces venden su conciencia?

«-Todos, no. Había en 1861, en un pueblecito, cerca de Voronièje, un juez que un día se negó a recibir una gallina cebada que le traía un litigante. Pero el asunto trascendió de tal modo que el gobernador tuvo que tomar cartas en el asunto y el juez fue destituido.»

«Sí, el hambre reina en Rusia; sí, la conciencia de los jueces está en venta, y ¡uno está obligado a comprar esa basura! Esa es la triste realidad.

«Pero esto no es todo, ¡oh, Dios vengador!

«La oración no es libre.

«Nadie tiene el derecho de no adorarte según la voluntad de su razón o según el instinto de su pensamiento. El espíritu más libre debe fingir creer lo que enseñan los popes ignorantes, despreciables y despreciados; la señal de la cruz debe ser hecha de una manera, no de otra; se puede ser enviado a Siberia por no arrodillarse según los ritos al pasar ante una capilla. El zar dice: «Sólo yo tengo razón.» El zar es el propietario de las almas como lo es de los cuerpos. La Iglesia rusa, donde Alexandre sustituye a Jesús, es el presidio de las conciencias.»

¡Ah, Stéphana, mi pequeña reina, imagínate lo asustada que estaba! ¡Era espantoso lo que decía! Pero Boris era un filósofo, un librepensador, un hertzenista, qué sé yo, ¿un nihilista? Fui yo quién se arrepintió de haberme negado a bailar la mazurca con el coronel R... No sabía que hacer, ni que decir. En alguna ocasión echaba un vistazo hacia la sala de baile, donde pasaba girando esa locuela de Valentine Pétrowska. ¡No fea, pero si flaca! Ella triunfaba porque yo no estaba allí. ¡Oh! ¡qué ganas tenía...! sin embargo me quedé. ¡La voz de Boris vibraba, ardiente y orgullosa! Y sus ojos eran siempre tan dulces aunque un poco terribles... Continuó hablando como si se dirigiese a un auditorio inmenso reunido a su alrededor.

«Además – exclamó – ¡Rusia tiene la lepra! ¡La espantosa lepra viva! Los alemanes nos carcomen y nos pisotean como a millones de ácaros!...»

¿Ácaros?... ¡Oh, qué palabra más fea!. Un término médico ¿verdad? Sin embargo me afané en escuchar con más atención porque intuía que Boris iba a decir algo malo de

los alemanes. Y a mí no me gustaban demasiado. Son personan que se visten muy mal y que tienen los pies muy grandes.

IV

Desde la fortaleza de R..., el... de 187...

¡Oh! mi pequeña reina, ¡qué alto hablaba! Tenía miedo de que se le escuchase en la sala de baile. ¡Qué escándalo se hubiese provocado! Temblando, le hacía pequeñas señales con la mano para que bajara la voz, para que no se dejase llevar de ese modo. Pero nada conseguía con ello. Era un tribuno ardiente. Escucha lo que decía.

« –Sí, loa alemanes se arrastran sobre nosotros, nos oprimen, nos devoran, nos ahogan! Rusia está exangüe por culpa de esos vampiros sucios y viscosos.

«Han venido poco a poco, a pequeños grupos, sin que se les viese, a lo largo de las paredes aprovechando para entrar una puerta entreabierta. Ya estaban instalados cuando todavía no se sabía que estaban ahí. Por otra parte muy dulces, muy obsequiosos, haciendo el menor ruido posible, no ocupando casi lugar, disculpándose por una taza de agua tomada en la fuente o por un trozo de pan comprado en la panadería. Detrás de los primeros vinieron los demás, luego otros, después otros todavía. Algunas personas comenzaron a inquietarse y los más razonables dijeron: «¿Por qué tantos alemanes fuera de Alemania? A los rusos les basta con Rusia ». Pero ellos, los pacientes invasores, se hacían tan pequeños, se ocultaban tan bien, pedían perdón tan educadamente por su presencia que se acabó diciendo: «¡Bah! son buena gente, y Rusia es tan grande! » Entonces llegaron más todavía, y su número era ya tan formidable que hubiese sido imposible repatriarlos.

«Por añadidura, ¿por qué se les habría de perseguir? Se mostraban muy útiles. Eran excelentes dirigiendo las fábricas. Si se trataba de la red ferroviaria, se ofrecían como ingenieros. Sabiendo muchos oficios, también diestros en las artes, buenos negociantes, buenos contables, tesoreros honrados, músicos excelentes, rendían unos servicios tan satisfactorios cobrándolos muy baratos. Y no solamente eran hábiles, también eran concienzudos. Añadir a eso que nos aportaban toda una filosofía, toda una literatura. ¿Qué éramos nosotros? Unos salvajes; ellos nos civilizaron. Ellos nos ayudaron también a crear escuelas, pues, siendo instruidos, apreciaban los beneficios de la ciencia. Finalmente, muy virtuosos, casados, padres de familia, dando buen ejemplo. De modo que llegamos a adorarlos, y, cuantos más llegaban más contentos estábamos. Y tenían a bien acudir cada vez más en gran número mientras se decía: «No hay bastantes alemanes en Rusia. »

«Ahora bien, mira: es un odioso espectáculo.

«El alemán ha pululado como los chinches de los bosques, y ha triunfado por todas partes.

«A base de haber sido criado, ahora se ha convertido en amo. Su servidumbre nos ha conquistado.

«¡Por todas partes! ¡por todas partes!

«Está en la administración, en el comercio, en el ejército, y la tierra le pertenece!

«—Ven aquí, pobre muchacho, hijo de pope o hijo de oficial jubilado. ¡Ah! ¡ah! ¿has sido estudiante o has aprendido contabilidad en algún instituto especial? Para finalizar tu educación, tu padre ha gastado hasta el último de sus copecs, y tú quieres servir a tu país en la Universidad o en los despachos del gobierno. Eres joven, estás lleno de buena voluntad y esperanza. ¡Bien, ve, inténtalo! « *Bist du Deutsch, junger Mann?* » Y como no eres alemán, se te cierran las puertas; y todo lo que tu país puede ofrecerte es un río para ahogarte o un árbol para ahorcarte – o el pavimento de sus ciudades para morir allí de hambre!»

«Ahora bien, lo que pasa en la Universidad y en las administraciones gubernamentales, también se produce en la entrada de otras carreras.

«En cada puerta del porvenir hay un centinela que pregunta la contraseña al recién llegado. Esa contraseña es: « Alemania ». Propinando un sablazo en los riñones al que responda: « Rusia ».

« Así se germaniza el inmenso pueblo eslavo.

« ¿Quién es burócrata? El alemán.

« ¿Quién es profesor? El alemán.

« ¿Quién es el industrial? El alemán.

« ¿Quién dirige los Conservatorios? El alemán.

« ¿Quién es oficial? El alemán.

« ¿Quién es coronel? El alemán.

« ¿Quién es emperador? El alemán. »

« Sí, ¡el propio zar no es ruso! Sus padres son tudescos, sus alianzas son tudescas, sus amistades son tudescas, y en sus propias venas ¡circula sangre alemana! Habla en alemán con sus parientes; le gusta ser adulado en alemán, y, cuando ordena arrestar a un hombre o pasarle a mejor vida, cuando envía a un patriota a la cárcel o a un orgulloso rebelde a Siberia, ¡es en alemán como mata, como detiene y como exilia!»

¡Oh, mi Stéphaná, esto era demasiado! Hablar mal de los alemanes está bien. No veía en ello ningún inconveniente. Incluso a mí, ya te lo he dicho, no me gustan demasiado. Siempre me había parecido muy ridículo que mi maestro de baile fuese un alemán, mientras que hubiese podido ser, sino ruso, al menos francés. pero Boris atacaba al zar, a nuestro padre, ¡a nuestro Dios! Yo temblaba como una hoja, mi pequeña reina querida, e iba a huir sin decir siquiera una palabra, – tanto o más cuando

la orquesta comenzaba un vals de Strauss – cuando Boris me dijo cosas más extraordinarias aún, y mi asombro fue tal que no pude moverme y me vi obligada a escucharle.

V

¡No, mi pequeña paloma, jamás hubiese creído posible tal impertinencia! No era bastante haber sospechado prevaricación entre los magistrados de nuestro país, no era suficiente faltarle respeto al zar: ¡Boris se dedicó a hablar mal de las mujeres rusas! Yo lamentaba cada vez más haber rechazado la mazurca al coronel R... pues él no habla mal de las mujeres.

«Rusia tiene un enemigo peor que el alemán, es la mismísima mujer rusa.

«Noble, es fútil y perversa; burguesa, es ignorante y avara; aldeana o plebeya, es una bruta.

«La gran dama arruina a su marido o a su hijo, y lo embriaga y lo enerva! «¡Ríamos! ¡juguemos!», dice; desmoraliza y embrutece a su marido o a su hijo! «¡Ven a beber!» dice.

«Somos una nación de locos, de arruinados y de borrachos, gracias a la mujer rusa. »

« Pasa por una pequeña ciudad una noche, la víspera de un domingo, – o por un barrio, o un pueblo.

« Mira, escucha.

« Por las calles o por el camino, nadie; pero muchas lámparas refulgen en los cristales de innumerables tabernas, y cada vez que una puerta se entreabre, sale de allí, entre el fétido olor que emana de los azulejos recientemente lavados con azufre y las botas alquitranadas, un ronco y sucio tumulto de voces achispadas y vasos que chocan.

«Pasa. Vale la pena ver eso de cerca.

« Flacos, raquíticos, cubiertos con viejas boinas – si son campesinos, – el gorro sobre la oreja – si son obreros, – hombres tumbados en bancos, o acostados sobre las mesas, o repantigados debajo, hacen chasquear sus lenguas en los vasos como perros que lamen, y se sacian abominablemente de aguardiente hasta tener hipo, hasta desembocar en el vómito.

« ¡Pero las hembras beben todavía más!

« Antaño solo las ancianas iban a la taberna. Ahora las jóvenes, vestidas con mandiles nuevos, llevando en la frente esos abalorios alineados que hacen un bonito ruido, y las chiquillas también, merodean ebrias perdidas entre las piernas de los borrachos.

«-¡Aguardiente!

«-¡Más dinero!, dice el mujik, padre o marido.

«-¡Dejarás tus botas y tu gorro como garantía!

«Y siguen bebiendo.

«-¡Aguardiente!

«-¡Más dinero!

«-Tu carreta está en la puerta; véndesela al tabernero.

« Y cuando salgan del antro, descalzos, con la cabeza al aire, destrozados, pisoteados, odiosos, se irán titubeantes a lo largo de los muros, ¡dejando tras de sí sus basuras y cayéndose encima!

«¿Que hacer de ese hombre cuya esposa ha convertido en un cerdo? »

« Ella apenas sabe leer, pero sabe contar. Tiene los dedos que agarran el oro y no lo sueltan. No tienen escrúpulos. ¿Hacer monedas falsas? ¿Por qué no, si se la puede hacer pasar? ¿Negar un depósito? ¿Por qué no, si el depósito nos queda! Y con el dinero ganado o robado, a espensas del honor del marido, en general no hace nada. Es la estafa lo que atesora. Las menos viles son las que quieren ser ricas para rivalizar con las aristócratas, para que se les admire en el teatro, completamente emperifolladas de encajes o repletas de diamantes, para que se las encuentre en los Pod Novinski en unas tripulaciones cuyo premio equivale al de una casa de campo, y bajo unos abrigos que han costado veinte mil rublos en la feria de Karkhoff. »

« ¡Pero la gran señora es tanto o más terrible como lo es exquisita y dulce! Es todo sonrisas, simpatías, perfumes. Tiene risas que hechizan y guiños de ojos que enloquecen. Habla con un acento un poco arrastrado y débil que hace de cada una de sus frases como un desgranamiento de perlas sobre terciopelo; y se mueve, y va y viene, y se estira, luego da saltitos como una gatita que juega!

«Si eres su marido, estás arruinado.

«Aunque tuvieses las minas de platino de los Demidoff, y fueses el más prudente de los rusos, estás arruinado, ¡te lo digo yo!

« En Francia, en Alemania, en Inglaterra, los hombres también dilapidan su fortuna; pero son jóvenes a los que arrastra alguna pasión o viejos decrepitos a los que el vicio cuesta caro. En Rusia, todos aquellos susceptibles de arruinarse se arruinan, – sí, los hombres más serios y de una condición además irreprochable. Puede afirmarse que no hay un gran señor ruso casado que no dilapide cada año el triple de sus ingresos. De ahí las sombrías preocupaciones que enervan las almas, de ahí los compromisos que envilecen. ¿Por qué el magistrado vende su conciencia? porque su esposa quiere un collar de esmeraldas. ¿Por qué ese gobernador confisca los bienes de ese rico mercader? porque su esposa quiere renovar sus caballerizas.

« El honor de Rusia es el juguete de las sonrisas. »

A fe mía, mi paloma, ¡ya no podía más! Iba a responder a ese impertinente que él no sabía lo que decía, – que las mujeres rusas son perfectas; que se visten mejor que las parisinas; que interpretan a Chopin como los ángeles, y que bailan como sífides...

Pero de repente, me miró con tal aire de ternura, con unos ojos tan bondadosos y me dijo con una voz tan acariciadora:

«Las mujeres rusas podrían salvar la Rusia que pierden, – si tú les dieses ejemplo.» – que me sentí completamente confusa, y bajé los ojos, y sin saber por qué, levanté el borde de mi corsé que estaba un poco demasiado escotado.

VI

Sobre la terraza la noche se iba haciendo fría y me arriesgaba a contraer una gripe. Lo que habría sido tanto o más irritante porque había prometido cantar un dúo de Mendelsohn al día siguiente, en una fiesta de caridad con el coronel R..., que es tan buen músico como bailarín. Se debía estar tan bien allí, en la sala de baile, entre las cálidas luces! Y podía oír esas melodías cadenciosas de la orquesta que harían bailar a las mismísimas estatuas de santos! Sin embargo permanecía allí, tiritando, escuchando pomposas tonterías. Creo ciertamente que Boris me había hechizado.

Continúo su conversación.

«—Otro monstruo: el Clero. Monstruo doble. Hay clero blanco y negro. El clero blanco es abyecto, el clero negro es obsceno.

« El clero blanco es el inmenso ejército de popes y de diáconos. ¿De qué familias provienen? De familias sacerdotales. El pope es hijo de pope. En Rusia el sacerdocio es hereditario como algunas enfermedades.

« Desde muy joven, el niño destinado a la Iglesia es enviado al seminario. Allí no aprende nada de lo que es útil saber para ser un hombre; pero se le enseñan todas las supersticiones que pueden embotar su espíritu y el de los demás. La personalidad se desvanece en la estupidez de la enseñanza común. Los alumnos no conservan siquiera sus nombres. El obispo hace acercarse a los recién llegados: «Tú te llamarás a partir de ahora Bogolafski (es decir: teólogo); Tú serás Bogolubof (es decir: amor de Dios) ». Un obispo gracioso, y que sabía francés, impuso un día a uno de esos jóvenes que había nacido en una gran ciudad, el nombre de « Grandvillageski » Además, los seminaristas son bastante bien tratados. Antaño se les daba de vez en cuando el *knout*; ahora se les fustiga aún, pero muy raramente y muy suavemente, como para producir placer. Tienen muchas libertades: entre otras la de emborracharse e ir a las casas de prostitución, — solamente en pleno día, — porque se acuestan temprano.

« Una vez finalizada esta educación se les casa. Es el obispo el que se encarga de esa tarea. Generalmente da al nuevo pope la viuda de algún pope fallecido, y, con la mujer, la parroquia.

« El joven sacerdote se instala. En las ciudades tiene una bonita casa, en los pueblos una casita bastante confortable; y continúa con el comercio de su predecesor.

« A decir verdad, se le paga mal, y algunas veces no se le paga.

« Treinta y seis millones de rublos, aproximadamente, tal es el emolumento del clero blanco, del clero secular; hay en Rusia treinta y seis mil parroquias; es pues una suma bastante redonda la que se debe a cada sacerdote. Pero queda en débito. El Sínodo, distribuidor del dinero sacerdotal, se arroga el derecho de reservarlo para las necesidades particulares de sus miembros. Entre esas necesidades hay que contar las comedias de París que vienen a Petersburgo durante el verano.

« No obstante el pope aprende el negocio. Tiene ingresos eventuales de los matrimonios y los bautizos. En Pascua, sus feligreses le llevan presentes en especies o dinerarias. Luego va de domicilio en domicilio mendigando para decorar su capilla, para dorar sus iconos, para comprar cálices en Moscú. Naturalmente retiene de ahí pequeñas cantidades. Tras haber pedido a los hombres en nombre de Dios, roba al propio Dios. Pero esos no son más que los provechos normales de su ministerio, y eso no bastaría a un hombre que ha tomado en el seminario el hábito del aguardiente y de las bellas muchachas.

«—Batouchka, quisiera tener un certificado de buena conducta.

«—Pero, Simon Petrowitch, me parece que tú eres un perfecto bribón. Has sido condenado dos o tres veces por robo y se sabe en toda la ciudad que durante mucho tiempo has fabricado billetes falsos.

«—¡Eh! Batouchka, es precisamente porque las malas lenguas me han dado una mala reputación, por lo que tengo necesidad del certificado.

«—¡Ah! ¡ah! Sí, sí, sin duda, te comprendo. Te gustaría entrar en una administración, en alguna casa de comercio donde te sería fácil...

«—¡Así es!

«— Eso está muy bien, muy bien. Te has convertido por fin. Pues bien, Simon Petrowitch, no te costará muy caro ese certificado. Diez rublos, ni un copec más.

«— ¡Cinco rublos, Batouchka!

«— Sea, cinco rublos, pero ¿le darás un vestido a mi esposa? »

« El pope tiene otros recursos.

« Cualquiera que renuncia abiertamente a la religión ortodoxa puede ser exiliado a Siberia. Por fortuna para las sectas disidentes, el pope está allí. Mediando alguna buena suma, él cierra los ojos sobre los conciliábulos de los heréticos, — aunque éstos sean como en Ékaterinoslaw, abominables adoradores del Diablo, y expide « certificados eucarísticos » a los más rabiosos blasfemos de su Iglesia y de su Dios.

« En cuanto a aquellos heterodoxos que no se dirigen a él, los persigue y los amenaza. «¡Cómprame o te vendo! » Al final se le compra.

« Además es un experto en obtener legados de los moribundos, — o bien, algunas veces ¡sencillamente roba el dinero oculto bajo la almohada del enfermo al que confiesa! Y si esas últimas artimañas no son lo suficientemente lucrativas, el pope no duda: ¡se hace mercader de vicios y borracheras, vendiendo lotería como un administrador de timbas y aguardiente como un tabernero!... »

¡De súbito, me estremecí, mi Stéphana! Había creído ver al coronel R... detrás de la doble cristalera iluminada de la sala de baile. ¿España a Boris? ¿Lo había escuchado? ¡Oh! no, yo estaba loca, un juego de luces me había confundido. En ese momento el coronel debía dirigir el cotillón, por desgracia.

VII

¡El cotillón es tan divertido! ¿no es así, mi pequeña reina? Los hombres se ponen sobre los hombros grandes cabezas de cartón pintado, cabezas de bueyes, cabezas de caballos, cabezas de diablos, con grandes cuernos rojos, pero las bailarinas con ramitos de flores entre los dedos, se cubren con gorros de pastoras floridos como praderas. Y se va y viene, y los grupos, bonitos o bufones, se separan o se enlazan...

Boris continuaba despiadadamente:

« – Siete mil monjas y nueve mil monjes están repartidos en ochocientos conventos. Así pues dieciséis mil religiosos y religiosas. Eso sería poco, aunque sea demasiado. Pero los postulantes y las novicias, cuyo número crece cada día, aumentan considerablemente la población de los claustros. Todos esos hombres y esas mujeres constituyen lo que se denomina «el clero negro». Es temible, aunque vil; se le obedece aunque se le desprecie. Es entre los monjes donde se eligen a todos los altos mandatarios de la Iglesia: los priores, los abades, los arzobispos, los metropolitanos; con las monjas se hacen abadesas, madres superiores y santas madres. Los superiores de los grandes conventos tienen aproximadamente setenta y cinco mil rublos de renta; los de los pequeños monasterios se contentan con quince mil rublos; una santa madre, que ha huido de Moscú para casarse en Praga con un peluquero francés, ha podido llevarse, aparte de los jarrones de oro de la capilla, ¡un millón de rublos de plata!

« Así pues el clero negro es rico, orgulloso, poderoso e infame. Un doble objetivo: el enriquecimiento y la dominación. Tres medios principales: la mentira, la delación y la mendicidad. »

«Mendicidad cínica.

«Una vez, en Odesa, dos religiosas se presentaron muy temprano en casa de una actriz de comedia francesa que estaba muy de moda en aquél tiempo.

«Pedían limosna. La actriz, buena muchacha, les ofreció un billete de diez rublos.

– «¡Oh! no es bastante, dijeron las religiosas.

– «¡Cómo! ¿no es bastante?

– «No, barina. El príncipe Wiskoff anteayer os ha hecho un regalo de cinco mil rublos.

– «¡Bah! ¿cómo sabéis eso?

– « El príncipe, que es muy religioso, se confiesa a un monje que frecuenta nuestro monasterio. Así que habéis recibido cinco mil rublos y no os negaréis en darnos la mitad que nos es muy necesario para dorar la cúpula de nuestra capilla.

–«¡Nunca!, exclamó la actriz tronchándose de risa.

–«De inmediato, replicaron las religiosas. Sino tened cuidado. El príncipe está casado. Se puede informar a su esposa de sus relaciones con vos; y seréis conducida a la frontera con muy pocos miramientos.

« La actriz tuvo miedo; dio la limosna. Como recompensa las religiosas la invitaron a visitar su convento. Fue muy bien recibida y comió en una capilla particular con el príncipe, con champán. »

« Abjecta delación.

« Un hombre cayó enfermo. Para velarle, para cuidarle, se hizo venir a un monje. Éste se instaló como el dueño de la casa. Se sació de vinos y carnes, besó el cuello de las sirvientas, luego se acostó y durmió, y roncó. De vez en cuando se despertaba para preguntar al enfermo:

– « ¿Quiere confesarse su Señoría?

« El enfermo se confesó. Reveló toda su existencia. Entregó los secretos de los que dependían tal vez su honor y su vida. El monje le dio la absolución, tras haber impuesto alguna penitencia pecuniaria. Luego se volvió a dormir. Pero al día siguiente corrió a la comisaría; contó lo que había sabido en confesión sin omitir ningún detalles. El enfermo fue arrestado y enviado a Siberia sin juicio. En cuanto al monje, se le agradecieron sus servicios y se le pagó. Es así como Dios hace de policía del zar. »

« Sobre todo la mentira.

« Los monjes y las hermanas van de calle en calle, golpeando a todas las puertas.

– « Padrecito, he aquí un amuleto que cura todas las enfermedades e incluso la peste siberiana. Madrecita, si iluminas este cirio por la noche cerca de tu cama, verás en sueños a tu hijo que está en la guerra. Hija mía, si llevas en tu vientre este hueso de san Nicolás, no tendrás nada que temer de las caricias fecundas de tu amante.

«–¿Cuánto cuesta el amuleto?

« – Cinco copecs.

« – ¿Cuánto el cirio?

« – Diez copecs.

« – ¿Cuánto el hueso de san Nicolás?

« – Un rublo.

« Así se llena la bolsa monacal. Pero cuando los medios ordinarios son insuficientes se recurre al milagro.

« Un monje proclama, al despertar, que santa Bárbara se le ha aparecido en sueños y le ha revelado que un Icono maravilloso está enterrado en el suelo, al pie de un árbol del bosque. Se acude y se desentierra la imagen sagrada. Es transportada a la iglesia. El muy santo Sínodo se reúne; proclama oficialmente el origen milagroso del Icono. Entonces acuden en multitud a la iglesia bendecida los enfermos y los inválidos. Los

ciegos ven, los sordos oyen, los paralíticos rompen sus muletas llorando de alegría! Pero hay que recompensar al Icono curador. Abundan el oro y la plata. Generalmente se paga por adelantado. Los monjes negocian el precio con los peregrinos. Venden las curaciones maravillosas como se venden las legumbres en el mercado. En la puerta de algunos conventos se publica la tarifa de los milagros. »

« Y es gracias a este oro mendigado, extorsionado, robado, rublo a rublo, copec a copec, como los cofres sagrados se llenan, como los religiosos saciados de vituallas y borrachos de vodka, se revuelcan en la holgazanería, y que hay imágenes completamente deslumbrantes de oro y todas cargadas de pedrerías en las capillas ortodoxas donde oficia el Superior, y en las pequeñas celdas donde suspiran por la noche ¡los monstruosos besos de monjas enamoradas! »

– ¡Ah! ¡vaya, Boris!– exclamé yo. ¡Oh! ¿qué me cuentas?

Pues ciertamente una joven muchacha puede ir a ver las obras francesas donde se dicen muchas palabras divertidas, y leer las novelas del Sr. Zola, que son completamente ingeniosas. Aquí es la costumbre. ¡Pero escuchar tales cosas a propósito de monjas y frailes!

«¡Ah! ¡ah!» repetía. Y me sonrojé muy seriamente, del modo que tú ya sabes y que me hace más bonita.

VIII

¡Pues bien! Lo que faltaba. ¡Después del clero, el ejército! Sí, paloma mía, ocurrió como te lo cuento. Boris se atrevió a emprenderla con nuestros jóvenes coroneles y con nuestros amables generales cuyos uniformes hacen un tan bello efecto bajos los lustres, entre los encajes y satenes de los vestidos. Nada más bonito que una hombrera de oro cerca de un hombro desnudo. Pero él no respetaba nada, ¡monstruo! Escucha lo que decía:

« – Rojo, azul, verde, violeta, completamente erizado de destellos de acero y cobre, y adornado de oro con bordados de plata, acorazado, empenachado, el ejército, jefes y soldados es triunfal y soberbio; y, los días de revista, cuando el zar, rodeado de cosacos mira desfilar los regimientos de su guardia, sus ojos apenas pueden soportar el brillo de esta multitud deslumbrante, donde relucen entre tantos esplendores las cruces esmaltadas de rojo y las estrellas de seis puntas de San Alejandro, las cintas escarlatas de la orden de Santa Ana, – que se llevan, según la clase, en el pecho o alrededor del cuello, o en el ojal, o en la empuñadura de la espada; – las cruces de San Jorge donde el dragón es de oro sobre un fondo de esmalte blanco; las estrellas de oro de ocho puntas de San Estanislao, y las cruces rojas adornadas con dos águilas de plata, – ¡humilladas y despojadas de los pechos polacos!

«Tal se presenta el ejército y los entusiastas exclaman:

« – Nuestra artillería no tiene rival cuando se hace oír; se diría un inmenso trueno, – ¡el trueno de ese dios que se llama zar! Es un muro de araña vivo el de nuestra infantería, y las fuerzas de las naciones fracasan allí sin destrozarlo; los gráciles caballos cosacos de patas nerviosas y hocicos de fuego, han pacido la corteza de los árboles en el jardín de las Tullerías, y si el zar hace una señal, galoparán a través del mundo, con un relincho de desafío y de gloria! – ¡El ejército ruso es incomparable, innumerable e invencible!

« Mirémoslo más de cerca.

« El ejército ruso es un tropel de brutos miserables, formado por ladrones y dirigido por idiotas. »

« Los jefes son idiotas o ignorantes. ¿Dónde aprendieron algo? ¿En las Academias militares? ¡No me hagáis reír! ¿Qué es lo que trabajarían nuestros jóvenes en las Academias? Siendo cadete se está seguro de obtener su nombramiento de oficial. ¿Los exámenes? Pura formalidad, broma. Las personas bien aparentes reciben a los quince años su primer diploma. Pero no se mantienen mucho tiempo en los grados inferiores. ¿No ser más que lugarteniente, no ser más que capitán? ¿Por quiénes los tomáis? A los veinte años ya son lugartenientes-coroneles, coroneles a los veinticinco años; se han visto generales que estaban obligados a ponerse bigotes postizos para aparentar un aspecto belicoso. En cuanto a los grados inferiores, son bastante buenos para los jóvenes de baja extracción que han trabajado, ¡los muy imbéciles! y si no son lo suficientemente numerosos, – pues el oficio no es tentador, – se les agregan, para hacer las tareas más duras, militares daneses, prusianos, austriacos, ya viejos en su país, o aventureros que han sido una especie de bandidos en las provincias del Danubio. Y nuestros oficiales superiores pasarían su vida en una perfecta ociosidad si no se dedicasen cada noche a las dulces labores del bacarrá y el lansquenet.

«¿Es con esos hombres con los que el zar quiere conquistar el mundo? »

« Los jefes son unos ladrones.

« Las enormes sumas presupuestadas para el mantenimiento de un regimiento se funden, se desvanecen, desaparecen, son como si jamás hubiesen sudadas por el miserable aldeano ruso! Los funcionarios de los negociados roban una buena parte; el general de división se reserva una mitad de lo que le llega; el general de brigada sigue el ejemplo del general de división y el coronel comparte el resto entre la mesa de juegos y la alcoba de las putas. Ahora bien, como es el coronel el encargado de alimentar al regimiento, éste se muere de hambre, naturalmente. Macilentos, delgados, enclenques – sí, enclenques, aunque se digan el orgullo nacional, – los soldados rusos, tras haber dormido sobre planchas, en sus mantas agujereadas, no tienen otro alimento que el *tchi*, servido dos veces al día, y una libra de un pan negro malo; y sus cuarteles, viejos y sucios, jamás reparados, jamás lavados, ruinosos y fétidos, se parecen a las ruinas de unos establos de cerdos! ¿Se comenta que los días de paga, los soldados reciben dos copecs? Jamás han recibido nada, ¡nada! salvo los golpes de bastón, rudos, frecuentes, innumerables, con los que los gratifica a todas horas el mayor alemán.

« Al no saber ni leer ni escribir, transportados a los países más lejanos de sus lugares de nacimiento, aturdidos por las novedades de lo que ven, embrutecidos por la miseria, por los castigos, por los golpes, los soldados lógicamente son brutos. ¡No saben lo que es la patria! Tan solo saben que en alguna parte hay muy lejos, muy alto, un personaje formidable, ¡el zar! y creen que es de él de donde caen los golpes de bastón. En tiempos de guerra no van a la batalla, van al matadero, ¡es una carnicería! Y si los bastones de los mayores no se hubiesen levantado sobre ellos, darían la espalda al enemigo y si se los golpease serían como bestias de tiro que cocean huyendo.»

« Y sin embargo, este ejército de fatuos, de ladrones y de brutos, este ejército, – que no vencerá más que mediante la traición o la debilidad de los jefes enemigos, – puede convertirse en formidable alguna vez! Sí, cuando se trata de reprimir una

insurrección de miserables. ¡Oh! entonces los generales, los coroneles, comprendiendo que si el motín acabase en revolución triunfante, los impuestos abusivos, las extorsiones de sumas serían imposibles, y ellos ya no podrían, los ricos, pagar a las prostitutas con el dinero de los pobres; ¡entonces, los generales y coroneles se transforman de repente en grandes guerreros! si no dan pan al soldado, al menos lo emborrachan con aguardiente; y toda esa inmensa tropa de ingenuos y cobardes se convierte en una banda admirable de verdugos y asesinos. »

¡Oh! ¡mi Stéphan! esta vez no me equivocaba. El coronel R... se encontraba detrás del cristal del salón «- ¡Cállese! ¡cállese!» balbuceaba yo, y estaba temblando hasta el extremo en que Boris debió tomarme entre sus brazos. Gracias a Dios, el coronel ya se había ido. Pero me sentía tan asustada que no me atrevía a alejarme de Boris. Yo era tan perezosa, ¿te acuerdas?

IX

Pero él, Stéphanie mía, no parecía darse cuenta de lo cerca que yo estaba de él. Me estrechaba contra su pecho –¡tanto miedo tenía! – pero se hubiese dicho que no me veía; y seguro que yo debía tener en las mejillas una palidez que debía ser muy bonita... Incluso me rechazó un poco, y volvió a hablar, poniendo la mano sobre mi hombro – como sobre el mármol de una tribuna.

« – Bajo la elegante y saqueadora aristocracia, bajo la magistratura prevaricadora, bajo la sórdida burocracia, bajo el clero hipócrita y mendicante, bajo el ejército hambriento, languideciente y revolcado en su propia basura está el innumerable campesinado ruso.

« ¡Setenta millones de hombres y mujeres! ¡multitud espantosa!

« Entrad en lo que se llama un pueblo, ¿Casas, eso? No, chozas inmundas dónde o querrían vivir los animales; y por todas partes se desprende un olor de cuadra que provoca nauseas.

« Ante cada habitáculo se extiende un amplio terreno, raramente cerrado; pero finalmente, allí, en esta tierra, el mujic podría plantar legumbres, manzanas, nabos, zanahorias; podría pero no lo hace. ¿Por qué? Porque nadie se lo ha ordenado. Es la pereza que duerme tanto que no se la despierta más que a bastonazos o a latigazos. Se alimentan de coles y maíz hervido. Ni leche, ni mantequilla ni huevos. ¡Desconoce incluso en nombre de la carne! Pero cuando puede va a comprarle aguardiente al tabernero o al pope, y bebe, bebe, bebe hasta que cae en alguna zanja del camino, ¡borracho y muriendo de hambre! »

« El interior de las cabañas es odioso.

« ¿Camas? No. ¿Baúles? No. Por suelo la tierra desnuda, negra y grasienta, llena de restos de basuras. ¿Dónde duermen esas personas? En verano sobre el estiércol del suelo, en invierno encima de la estufa. Las mujeres y las hijas, cubiertas de estopa, rostros planos, narices anchas y abiertas, con sus largas sayas de piel de cordero de donde sale un olor de sebo y que descenden hasta unas pesadas botas nunca quitadas; los hombres, semejantes a las mujeres, pero más repulsivos todavía, se aprietan, se

estrechan, se enlazan, – padre, madre, hijos, – como un nudo de espantosas y gruesas serpientes, ¡y mezclan bestialmente los sexos en una promiscuidad de harapos llenos de animales, de roncos jadeos y de apestosos alientos!

« Pero en un rincón del obscuro habitáculo, una estatuilla de hierro de la Virgen, detrás de una rejilla donde arde una lamparita, tiene unos brazaletes de bisutería con puños y aros de oro en las orejas.

« Tales son los cuerpos; las almas son más viles: Entre tantos campesinos, ninguno ha aprendido a leer. ¿En qué piensan? no se sabe; pues sus palabras no se parecen demasiado a palabra alguna humana; ríen como rebuzna el asno; sus gritos son como aullidos de perros. ¿Aman a sus esposas? Copulan con ellas. ¿Aman a sus hijos? Los miran algunas veces con una mirada vacía. Sólo tienen un instinto: ¡no hacer nada! Un único deseo: ¡beber aguardiente! Una sola alegría: ¡ir a la iglesia! Y van allí lo más a menudo posible, y se arrodillan inertes, embrutecidos, fermentando el vodka al pie del altar, ¡y a veces salpicando con sus vómitos las imágenes sagradas! »

¡Ah! esta vez, mi bonita reina, ¡no pude impedir interrumpirle! No era verdad lo que él contaba. «Se ha emancipado a los campesinos, le dije con tono decidido, se les ha distribuido tierras, se han construido escuelas. Es imposible que el mujic sea tan miserable como dices! » Pero a esas palabras, él prorrumpió en una estridente risa, amarga, terrible. «¡La emancipación! exclamó. ¡Tierras! ¡Escuelas! ¡Ah! loca, loca, ¡escucha! »

X

Continuaba riendo con risa dura; su mano, crispada sobre mi hombro se estrechaba fuertemente, hasta el punto en que sentía la aguda penetración de las uñas; y, completamente temblorosa, un poco curvada, me acurrucaba, experimentaba, espantada y fascinada también lo que debe sentir un corderillo bajo la garra de un águila, – ¡de un águila que fuese muy bonita!

« –¡La emancipación! sí, se han emancipado los siervos, y Alexandre, el zar filántropo, ha sido admirado y alabado por todos los liberales europeos, como Catalina lo fue antaño por Voltaire y por Diderot. Y en efecto fue un magnífico amo. ¡Oh, magnanimidad imperial! ¡Oh, desinterés de la nobleza! ¡Setenta millones de seres vivos, antes esclavos, de repente libres!

« Escucha, loca que me interrogas.

« Un hombre tenía un perro. Lo empleaba en girar su espeto, en tirar de pequeñas carretillas, en morder las patas de las ovejas y, en recompensa a sus servicios, lo golpeaba sin tregua, sin fin, con placer. Pero al menos le daba la comida, comida sórdida y repulsiva, – alimento, no obstante.

« Un día el hombre dijo a su perro:

«– Vete, sal de aquí, eres libre.

« El perro preguntó:

«– ¿A dónde iré?

«– ¡Eres libre!

«– ¿Qué haré?

«– ¡Eres libre!

«– ¿Qué comeré?

«– ¡Eres libre!

«– ¡Pero moriré de sed y hambre!

«– ¡Te digo que eres libre!

«Y, pasado un tiempo, flaco, piel y huesos, el vientre colgando, el perro perdido y hambriento, daba mordiscos el aire y devoraba sus excrementos.

«¡Pues es libre!

«Y algún día, mañana, esta noche, su carroña hinchada espantará a los transeúntes que se apresuran, ¡a no ser que se lo encuentren corriendo a través de las llanuras rabioso con los ojos inyectados en sangre y la baba entre los dientes!

«¡Oh! ¡antes de morir, qué se vuelva rabioso y que muerda ese perro libre! »

« ¡Ah! es verdad que se han distribuido tierras y que todavía se las reparte – haciéndoles pagar, naturalmente. Pero el campesino no quiere esas tierras. ¿Qué hará con ellas? ¿Cultivarlas? No; la reciente esclavitud le ha dejado pánico al trabajo. Además no tiene aperos ni semillas. El judío sin duda la venderá, pero especificando que él tomará su parte de la futura cosecha. El mujic no quiere penar por el judío. Además tendría que pagar el impuesto al agente funcionario que concede las tierras; y cuanto más amplia fuese la tierra y más fértil, más impuestos impondría el propietario al « recolector ». ¡La peor miseria para el campesino ruso sería ser rico! Así pues, él rechaza su parte de suelo o, si la toma, la quiere muy pequeña, lo necesaria que necesita para plantar algunas coles o para cavar un agujero para su cadáver.

« Se responde : «Está la comuna, lo que se llama el Mir. Allí la tierra es compartida entre los campesinos según el número de almas, y el pueblo forma una asociación cooperativa. ¿Qué hay más justo? ¿Qué hay más conforme al espíritu moderno? Además la asamblea de los mujics nombra al *startschina* y los *starostes*, únicos magistrados a los que obedecen; pues el zar está muy lejos y el gobierno central raramente se inmiscuye en los asuntos de la comuna. »

«Desde luego eso es bueno. ¡Y el Mir es tal vez el raquíptico embrión de las justas sociedades del futuro!

« Pero actualmente el Mir es peor que los presidios.

« A cambio de la tierra, la comuna ha tenido que pagar una cantidad considerable. No la tenía. La ha pedido prestada al Crédito hipotecario con unos altos intereses. Pero el Crédito hipotecario no ha podido prestar más que una parte del dinero necesario: los cuatro quintos del valor estimado; pues tales son sus reglamentos y ha tomado la hipoteca sobre la totalidad del suelo. Ahora bien, el antiguo propietario al que había que indemnizar – así lo exigía el zar – reclamaba la suma en su totalidad. La comuna ha debido pedir prestado a otro banco. Nuevos intereses a pagar cada año. Luego se necesitaban aperos de labranza. Los usureros los proporcionaron. En resumen, las rentas a pagar, a las que se añaden espantosos impuestos, absorben todo lo que el suelo proporciona. No obstante, el mujic de las comunas podría vivir, ¡pero el *startschina* que él ha elegido lo atropella y los *starostes* que él ha elegido le roban! Ellos son los que hacen los préstamos, ellos son los que proporcionan las telas, los alimentos y el siniestro vodka. Compran a buen precio y venden caro; y se enriquecen mientras el mujic se hace cada vez más miserable, ¡y ellos engordan mientras él adelgaza! Mira: cerca de la iglesia con la cúpula de color azul, en los minaretes dorados que el sol hace brillar, se levantan unas pequeñas casas de ladrillo, rosas, claras, alegres entre los árboles. Ahí es donde viven los magistrados de los campesinos. Bien vestidos, bien alimentados, se solazan, triunfan. Pero en la barriada, en el umbral de las chozas dispersas, los mujics agotados, macilentos, destrozados por el horror del trabajo inútil, consideran con mirada estúpida la tierra que hay que cultivar para otros pensando que su trigo no se convertirá

en su pan. Fueron los esclavos de un hombre, – y ahora, más torturados y más pobres, ¡son los siervos de la implacable deuda! »

¿Qué quieres que te diga, mi Stéphaná? Yo estaba muy confusa. ¡Esos pobres campesinos! Jamás había oído hablar de esas cosas. ¡Tantos desgraciados! ¡tantos hambrientos! Y yo tenía diamantes en las orejas y una sortija con un rubí en el dedo. ¡Ah! dime, ¿recuerdas esa sortija, mi reina? La había hecho traer de París. Era la obra maestra de uno de los mejores joyeros, y, que pequeños engarces de oro sostenían ligeramente la piedra, se hubiese dicho una gota de sangre en el extremo de una pata de pájaro.

XI

Mientras que, llorando a medias con un resto de sonrisa, yo miraba mi sortija – imagínate, paloma mía, fue tal vez esa gota de sangre que alargándose se convirtió en los que se llama mi crimen, – Boris seguía hablando, pero con voz más baja:

« – Así pues es la sombría Rusia.

« Y allá en lo alto, como en un resplandor estrellado, reina un hombre, etéreo y casi divino debido a su lejanía.

« ¿Qué hace? ¿En que sueña en su inmovilidad de ídolo?

« ¡Tal vez un corazón de hombre ha latido antaño es ese pecho! ¡Tal vez la visión de la Rusia libre ha acosado durante algunas horas su inteligencia! Hoy es el zar, igual a los demás zares, el hijo de los Pedros y los Nicolás.

« A todo el que llora, a todo el que se queja, a todo el que clama venganza, él responde: «¡No!» con silencioso gesto cruzando sus brazos.

« Pero está inquieto.

« Siente que debajo de él, allá abajo, algo hormiguea, se mueve, quiere ascender, amenaza.

« La inquietud proviene del miedo; se oculta, evita las adoraciones que tanto le gustaban antaño. Como los antiguos tiranos va por su palacio de estancia en estancia, evitando dormir en la cama donde ha dormido la víspera, desconfiando de aquellos que lo custodian, cerrando él mismo su puerta, escuchando si se habla detrás de los tabiques. Cuando tiene hambre, tiembla a causa de un posible plato envenenado; cuando tiene sed, duda en beber, pues le parece que el vino francés tiene un extraño color. Cuando viaja, el vagón imperial aparece casi en cabeza del tren, pero ese vagón está vacío; él, el zar, se mantiene escondido, desapercibido, oscuro, en uno de los últimos vagones, y mira a través del cristal de la portezuela si no hay un hombre oculto detrás del seto que pasa.

« Y se hunde cada vez más en su espantosa melancolía.

« Pero, por momentos, ¡su miedo se vuelve feroz!...

« ¡La muerte por una palabra! ¡la muerte por un periódico encontrado en un bolsillo! ¡la muerte por un escrito en un cartel! ¡la muerte por haber reído, la muerte por haber llorado! y, cuando no mata, hace detener o exilia. ¿Por qué? Casi siempre sin razón, algunas veces sin pretexto siquiera, – ¿porque tal vez entre aquellos a los que

suprime, se encuentra el hombre que afilaba el puñal o cargaba el revólver? Recuerda a un labrador que siega toda el campo para matar una mala hierba. »

« Pues bien, ¡no! ya está bien, es demasiado, exclamó Boris levantando unos brazos terribles. La nobleza opresiva y ociosa, la magistratura vendida, la industria falsificadora, Alemania que corroe, el ejército que golpea a sablazos o que desangra al pueblo como un carnicero a los bueyes, y el clero estúpido y mentiroso, y la inmensa multitud embrutecida, ¡eso es demasiado! ¡eso es demasiado! ¡Matad a los hombres! ¡quemad las ciudades! ¡demoled! ¡destrozad! ¡Qué desaparezca todo lo que existe! ¡Cansados de este mundo, aspiramos a la nada! ¡Y lo haremos! ¡Más vale el abismo vacío que la montaña de inmundicias! »

¡Ah!, reina mía, emití un pequeño grito. Era con seguridad un nihilista, ¡un nihilista declarado! Había dudado un poco a causa de las cosas que había dicho; pero, ahora, no había duda. ¡Destruir todo, invertir todo! ¡Nada! ¡La nada! ¡Ah! ¡el vil hombre, con sus bonitos ojos! Y ya se hacía muy tarde. Ya podía ver a través del cristal a los bailarines más escasos y los grupos de muchachas envueltas en sus pieles, que se iban todas blancas. ¿Dónde estaba mi institutriz? Quería partir enseguida. Pero me retuvo por el brazo y me dijo seriamente: «Me has interrogado y no te he dicho todo. » ¡Oh! ¡Dios mío! ¿qué le quedaba por decir?

XII

Continúo, hurraño y magnífico como el Anticristo profetizado por las leyendas:

« – ¡Puesto que todo es malo, que desaparezca todo! Mejorar, esa es la quimera de esos soñadores que se llaman Herten y Proudhon. Nosotros somos los pensadores positivos, los prudentes desilusionados. El mal atenuado siempre sería el mal. Suprimirlo, tal es el deber. ¿Es un crimen abolir la peste? ¡Abajo la familia puesto que ella oprime a los hijos que se burlan de los padres! ¡Abajo el ejército, puesto que mata y atropella! ¡Abajo la aristocracia, puesto que nos aplasta bailando sobre nuestros riñones! ¡Abajo el negocio, puesto que roba! ¡Abajo Alemania, puesto que repta y devora! ¡Abajo el clero, puesto que miente! ¡Abajo el zar, puesto que es dios aquí en la tierra! ¡Y que Dios sea maldito, puesto que es el zar allá en lo alto! Todo debe ser de otro modo, nada de lo que existe debe perdurar. Ya es hora de que todo se desmorone, de desorganice, se desmigaje. Seamos el crimen para ser el espanto. ¡Tomemos los puñales, los revólveres, las antorchas! ¡Masacremos, incendiemos! Que los generales, que los jefes de policía, que los abades caigan, golpeados en el corazón; ¡qué el zar se estremezca de la noche al día a causa de un posible asesino! y que las ciudades en llamas se desmoronen en una deslumbrante ruina! ¡En verdad te digo que ha llegado la hora suprema de la vieja humanidad, y nosotros somos los arcángeles que tocan con sus clarines la diana de la muerte!»

¡Oh! mi Stéphaná, oh mi pequeña paloma, ¡él era formidable! y yo me preguntaba si no me iba a matar, a mi también, pueso que quería matar a todo el mundo! Sin embargo, como me había tomado de la mano y no la estrechaba demasiado fuerte, me atreví a responderle:

« – ¡Pero eso que dices es horroroso! y si todo eso sucede no habrá otra cosa que un inmenso desorden sangriento y rojo, nada más que un espantoso caos!

« – Sí, el caos, exclamó, ¡pero es del caos de donde surgen los mundos! »

« –¡Oh! ¡cuánto envidia a aquellos que se levantarán después de nosotros, a los jóvenes del futuro! Nosotros habremos cumplido la terrible tarea, ellos harán la tarea dulce. Nosotros habremos demolido, ellos reconstruirán. Sin embargo allí donde no haya ya nada más siniestro, gracias a nosotros, ellos pondrán el bienestar, la libertad, la paz, ellos, los encantadores. Pero la sociedad, buena y fraterna que ellos establezcan ni siquiera nosotros podemos entreverla; y aun cuando pudiésemos, nuestro deber nos lo prohibiría. No tenemos el derecho de dejarnos desviar de nuestra sombría y necesaria tarea, por la lejana visión del ideal sonriente. La esperanza ablandará nuestros corazones. En cada generación su labor, y la que nos ha tocado es bastante árida, bastante larga, bastante espantosa, para absorber toda nuestra energía. Nada de sueños, nada de quimeras! Acción, acción brutal, que asesina y que altera, y que destruirá incluso las ruinas para que el camino esté libre ante el paso de los Esperados! »

¡Y bien! en cuanto a mí, iba a responderle, por muy jovencita que fuese iba a decirle que él no entendía nada de nada, que era un energúmeno, un loco; que sin duda había en el mundo cosas que no iban muy bien, pero que no era una razón para incendiar las ciudades y para apuñalar a las personas; que era posible mejorar, y que eso bastaba; y que ese Proudhon, del que yo jamás había oído hablar, y ese Herten, al que jamás había leído, eran personas sensatas y que tenían toda la razón.

¡Oh! hubiese sido un muy bonito discurso, te lo aseguro.

Pero hete aquí que mi gobernanta, – la Señora Don Quijote, ya sabes, – acudió a la terraza.

Creí que venía a buscarme, que me regañaría por haber estado tanto tiempo en el jardín, sola con ese joven.

No. Fue directamente hacia Boris.

–Hermano, dijo, vienen a detenerte. ¡Huye, huye!

Él respondió gravemente:

–No; es demasiado tarde. Vete.

En efecto, cuatro policías, precedidos de un oficial, salían de la sala del baile y se dirigían hacia nosotros corriendo.

Se arrojaron sobre Boris, lo agarraron, se lo llevaron en medio de un gran tumulto; pues las personas que todavía estaban en la fiesta se amontonaban para verle.

Estaba muy tranquilo, casi sonriente; me hizo una pequeña señal con la mano y se alejó entre una doble hilera de mujeres con los cabellos floridos y de bailarines con uniformes dorados.

Yo quedé en la terraza, embotada.

–Alexandra Iwanowna, me dijo alguien, se va a bailar el último vals; me haríais el honor...

Me volví. Vi al coronel R... El oficial que había conducido a los policías, ¡era él! No me había equivocado, había espiado a Boris; luego, sin perder una hora, lo había denunciado.

Me acerqué a él, sonriendo, y le escupí en el rostro.

XIII

¡Seguro que piensas, mi pequeña bella reina, que eso provocó un escándalo! La Señora Don Quijote me arrastró, me llevó de allí. Yo estaba tan alterada, tan colérica que no sabía lo que decía, que distinguía mal lo que pasaba a mi alrededor. No recuperé un poco la calma hasta que me encontré en mi habitación, mirado la miniatura colgada cerca de mi cabecera, ¡dónde tú estás tan bonita, paloma mía, con tu mohín dulce y orgulloso bajo la *chapska* polaca!

Pero más tranquila no estaba menos furiosa. ¡Habían detenido a Boris, que tenía unos ojos tan bellos, que hablaba con una voz tan ardiente! ¿Y por qué? Por unas palabras que había dicho durante un baile a una joven bajo las ramas. ¿Pero es que ahora no se podía conversar? ¿No tenía el derecho de expresar sus sentimientos, de dar una opinión? ¡Oh! Boris tenía razón: Rusia era espantosa: el zar era un tirano; era necesario socavar todo, destruir todo; por poco, ¡imagínate! habría prendido fuego a las muselinas de mi cama.

Mientras iba y venía por mi habitación, Warwara Lakharowna Bogodouchow, mi digna institutriz, me miraba en silencio. ¡Ya no me parecía tan ridícula esa mujer que había «alcanzado la clarividencia nihilística»! Ya no tenía ganas de burlarme de su horros gorrillo de paja marrón, sin flores ni cintas ni velos, de su vestido de lana oscura, muy ceñido, colgante, semejante a una vaina de espada; admitía casi su cuello de camisa alto y su corbata negra, aprobaba sus antiparras azules! Y eso porque ella era una nihilista como Boris y había intentado salvarle. ¡Ah! Dios, ¡qué enfadada estaba!

Luego, Warwara me dijo de repente:

–Esta bien, Alexandra Iwanowna. Tú resentimiento es justo. Esa irritación es buena. Pero no te preocupes por Boris, él es de los que saben regocijarse con el martirio.

–¡Oh! ¿qué le harán?, exclamé.

–En cuanto a ti, a tu iniciación, comenzada por ese joven, debe ser acabada sin demora. Mañana por la noche se reúne el COMITÉ FEMENINO DE LA SOCIEDAD COSMOPOÉTICA DE LAS GUARDIANAS DE LAS VERDADERAS LUCES. Asistirás a esa sesión.

A fe mía que dije sí. Quería conspirar también, puesto que habían arrestado a Boris.

¡Ah!, querida, ¡si las hubieses visto! Aunque estaba muy atemorizada, ¡tuve que romper a reír inevitablemente! ¡Oh! ¡qué extrañas figuras! Al principio todas eran viejas y flacas. Todas llevaban, al igual que Warwara, pequeños sombreros negros y vestidos también negros muy largos, y todas, sobre sus enormes narices, tenían gafas azules! Imagínate el aspecto extraño que yo debía de tener con mi aire de primavera en medio de todos esos inviernos con faldas.

Era una gran sala austera, donde habíamos entrado después de haber seguido unos largos y tortuosos corredores.

Desde que me senté, la presidenta, que tenía unas antiparras más grandes y más azules que las demás, se levantó y dijo tras haber agitado una pequeña campanilla:

– La orden del día llama a la discusión sobre las Uniones Libres.

Luego se sentó.

– Pido la palabra, dijo una Guardiania de las Verdaderas Luces, que me pareció un poco menos antigua que « sus hermanas ».

Y habló así, en medio del más profundo silencio:

« La mujer rusa no debe ser ya y no lo es ese ser frívolo y jugueteón que se preocupaba de un baile, se divertía con una flor y no tenía otra inquietud que vestirse según la moda de París. A partir de ahora pensamos. Hemos constituido en Rusia un gran número de asociaciones secretas donde discutimos con buenos resultados las cuestiones que nos conciernen, y pronto nos sacudiremos el yugo de la antigua esclavitud. Hermanas, ¡someterse a una ley que no se ha aceptado es un acto de debilidad indigna de un alma libre! Ahora bien, como escribió un serio pensador, « todas las legislaciones del mundo contienen estipulaciones impuestas a la fuerza, sino a toda la población, al menos a una parte considerable de la misma en todos los países del mundo. » ¿Se ha consultado a los jóvenes para preguntarles si querían someterse a la tiranía de los padres, de las madres o de los tutores? No. ¿Se ha consultado a las mujeres para preguntarles si querían aceptar la dominación de sus esposos? No. Y sin embargo el hijo está sometido a sus madres, la joven muchacha se somete a su marido. Y, algo verdaderamente increíble y que hace revolverse a la inteligencia humana, esas prescripciones no consentidas por los principales interesados, se han convertido en respetables a base de ser viejas. Como se suele decir, el tiempo las consagra. Lo absurdo parece razonable, lo falso parece auténtico. Uno encuentra natural que un joven inteligente y letrado obedezca a un débil e ignorante anciano; que una mujer de elevado espíritu sea la esclava de un hombre sin valor. ¡Hay que acabar con esos antiguos prejuicios! Como dijo el pensador que antes he citado, lo que ha perdido a la sociedad es que está fundada sobre dos principios erróneos: la Propiedad y la Familia, cuyas consecuencias son la Herencia y el Matrimonio. Sustituyamos la Herencia por el Comunismo, y habremos emancipado la juventud, pues el hijo ya no tendrá que temer más ser desheredado por su padre, teniendo él mismo su parte legal de la fortuna pública. Sustituyamos el Matrimonio por la Unión Libre, y habremos emancipado a la mujer que podrá disponer de sí misma sin verse subyugada por los prejuicios derivados de los que se denomina la santidad del matrimonio.

Todas las viejas aplaudieron. ¿Qué era todo eso, querida? ¿A dónde me habían llevado? ¿Estaba en un manicomio? ¿Por qué se ocupaba del matrimonio y de la Unión Libre, esa flaca y fea mujer que desde luego nadie habría pensado en esposarla, incluso libremente? ¡Oh! no era así como hablaba mi querido Boris. Él era terrible, pero no era

ridículo. ¡Oh, no!... ¡Y decir que ahora estaba en alguna prisión angosta y dura y que pronto partiría hacia Siberia, descalzo por los caminos helados!

XIV

Los discursos sucedieron a los discursos. ¡Ah, mi pequeña reina, las cosas extrañas que puede escuchar! Una Guardiana de las Verdaderas Luces, – ¡ésta tenía unos bigotes grises! – solicitaba que las mujeres fuesen reclutadas para ir a combatir contra los alemanes, y, de hecho, hubiese sido un húsar perfecto. Otra exigía que las mujeres llevasen a partir de ahora vestimentas masculinas para afirmar, incluso en la apariencia, la igualdad de los sexos. Una tercera quería ser abogado, médico, juez, profesor en la universidad, ministro, mariscal, ¡qué sé yo! Pero la cuestión que con más frecuencia se repetía era la de las uniones libres. Al principio yo no tenía muy claro lo que las « guardianas » entendían por eso; pero dieron tantos detalles, precisaron con tanta complacencia, que finalmente comprendí. ¡Oh! ¡cómo vas a enrojecer, paloma mía!

Imagínate: nada de matrimonio. Ni ceremonia civil, ni fiesta en la iglesia; ni incluso el hermoso vestido de satén blanco y la corona de flores. En lugar de todo eso, nada. Todas pertenecen a todos. «¿Quieres? – Quiero.» Eso es todo, todo queda acordado. Y se van juntos al primer albergue que encuentren. ¡Oh! ¡uf! ¡uf! ¡terrible! Y no hay necesidad de que esas uniones duren mucho tiempo. Una fantasía os ha unido; un capricho os separa. «¿Sabes? ya he tenido suficiente. – Yo también. – Adiós, alma querida! – ¡Adiós, mi amor! » Pero veamos, si tal institución estuviese en vigor, todo el mundo al cabo de algunos años habría estado casado con todo el mundo.

Mi gobernanta hizo una objeción. ¿Qué sería de los niños nacidos de esas uniones libres?, preguntó. Pero dio la impresión de que hubiese dicho alguna tontería, una barbaridad, pues bajo todas las narices se produjeron sonrisas de desdén, y la presidenta respondió alzándose de hombros:

– Los niños, si los hubiese, serán educados por la comuna, y estará prohibido a las madres volverlos a ver nunca, pues lo que se llama la familia es un prejuicio absurdo, una reminiscencia de los viejos errores. Gracias a nosotros, las mujeres admitidas a ejercer las más elevadas funciones no perderán su tiempo en mecer cunas, en vigilar risitas sobre boquitas sonrosadas. Además, ¿habrá niños? Me atrevo a esperar que no, pues siempre es posible evitar la vergüenza de la maternidad.

¡Oh!, querida, ¿qué quería decir, esta siniestra anciana? Sin adivinarlo completamente, tuve un pequeño estremecimiento, y quise irme de allí inmediatamente! Pero mi gobernanta tenía aún una objeción que presentar, y me hizo una señal para que me sentara.

–¿Cómo hacer compatibles, dijo ella, el principio de las uniones libres con los principios religiosos, eternamente respetables? Vosotras no ignoráis, hermanas, que nuestra Iglesia concede una importancia extrema al matrimonio, y que invoca a este respecto los ejemplos o las prescripciones de los Patriarcas, de los Apóstoles o de los Doctores.

¡Ah! ¡tuve miedo por Warwara Lakharowna Bogodouchow! La imprudente se había atrevido a hablar de religión, de principios religiosos, de la Iglesia, entre esas viajeras que se habían desprendido de las viejas tradiciones! Evidentemente iba a sufrir por ello, tal vez le arrancasen los cabellos o romperle sus gafas azules.

¡Pero no! todas las « guardianas » se mantuvieron muy tranquilas. Incluso creía observar que la objeción parecía seria y producía un cierto efecto. ¿Entonces qué? ¿No querían ni familia, ni propiedad, y respetaban la Iglesia ortodoxa? ¿Como acomodarían esos sentimientos contradictorios? El hecho es que la presidenta replicó, tras haber reflexionado:

« – Hermana, no fue la Iglesia de Jesús la que instituyó el matrimonio: tan solo se ha limitado a admitirla, a adoptarla; fue establecido por la ley judaica. Abramos pues el Antiguo Testamento; inspirémonos en los hermosos ejemplos que nos han legado los Santos de los ancianos días. ¿Acaso el rey Salomón no vivía en unión libre con un número considerable de jóvenes mujeres? Sin embargo Dios lo aprobaba. Y aquél que se salvó del desastre de Sodoma, porque era el único cuya vida fue irreprochable, el patriarca Lot, ¿no contrajo una unión libre con las dos hijas que el Señor le había dado? »

¡Oh! ¡Bonito ejemplo, dime, paloma mía! Comprenderás que no quise escuchar más. Arrastré a Warwara. « ¿Unas locas, verdad? » le dije. Ella me respondió, tras un instante de reflexión: « Sí, unas locas tal vez. Pero se mañana las matan serán mártires. Niña, ¿crees que los primeros confesores del Cristo que edificaron la Iglesia con sus huesos y la cimentaron con su sangre, siempre veían con claridad sus propios pensamientos y que no se extraviaban, ellos también, en locuras, quimeras y supersticiones contradictorias? »

XV

Desde la fortaleza de R..., el... de 187...

No sabría decirte, mi encantadora reina, en que confuso estado de ánimo me sumió todo eso. ¿Recuerdas una noche en la que tu tío el mariscal habiéndose dormido en la mesa, nos aprovechamos, locas traviesas, para beber copa tras copa tres vasos de vino blanco, – vino de España, creo? Mi cabeza se puso a girar como tras un vals demasiado intenso; y tú, – no digas que no, paloma, – cuando quisiste levantarte, te falló el pie, y confiesa que habrías caídos si no te hubiese abrazado riendo como una loca. Estábamos un poco achispadas. Pues bien, así era como yo me sentía en ese momento. Pero ese trastorno no tenía nada de dulce ni de divertido; estaba borracha de un vino turbio. Las extravagancias de esas lúgubres viejas me acosaban el espíritu como un recuerdo de aquellarre, y al mismo tiempo recordaba las bellas y duras palabras de Boris, de mi pobre querido Boris, al que habían detenido, se lo habían llevado y al que quizás ¡no volvería a ver nunca mas!...

¡Pero me enfadé conmigo misma! ¿De qué me preocupaba yo, Dios mío? ¡Qué me importa a mí, jovencita, el nihilismo, las revoluciones, las Guardianas de las Verdaderas Luces! Yo tenía otras preocupaciones en la cabeza: mi revista de modas, las novelas francesa y el vestido nuevo que esperaba de París. ¡La política me daba igual! Había tomado una decisión. Olvidaría todas las grises quimeras, volvería en mí. E hice lo que había resuelto. Sobre mi caballo inglés o en calesa francesa, no se me vio más que en los paseos; durante cuatro o cinco días asistía a todos los bailes, a todas las fiestas, y nunca había estado tan alegre, tan loca, – es decir, tan razonablemente loca; – nunca había balbuceado tan bonitas palabras con la cabeza inclinada y los ojos a medio cerrar, ¡con mi aire de pequeño loro charlatán!

Pero una noche Warwara me dijo:

– ¡Han torturado a Boris!

¡Tortura! ¡él! ¿por qué? ¿Qué tortura? ¿Qué había hecho? ¿Qué querían de él?
¡Ah! ¡Dios mío! ¡tortura!

«–Escúchame, Alexandra Iwanowna, continuó mi gobernanta. Han conducido a Boris a la fortaleza. ¿Tú sabes lo que es una fortaleza? Grandes paredes rectas, sombrías, sin ventanas visibles. Enormes puertas que se abren chirriando para dejar pasar al cautivo y que, vueltas a cerrar tras él, parecen gritar en el ruido de sus goznes: «Jamás saldrás de aquí!» Luego, largos corredores silenciosos donde caminan a pasos regulares graves centinelas.

«Han introducido a Boris en una estrecha celda. La mesa y la silla están empotradas a la pared. No entra más aire que el que se introduce por una claraboya con barrotes de hierros, a tal altura que no se puede alcanzar.

«Lo han metido allí, y ha quedado allí hasta hoy sin ver a nadie. Luego alguien vino, – el hombre temido y odiado por todos, el jefe de la tercera sección. Dijo a Boris:

« –Eres nihilista.

« Boris no respondió.

« –Conspiraste contra el gobierno.

« Boris no abrió la boca.

«–Tienes cómplices.

« Boris continuó callado.

«– Dime sus nombres.

« Entonces Boris sonrió. »

« – Pero, dije a Warwara, ¿cómo podéis saber esas cosas? ¿Quién puede haber sabido lo que ha pasado en un calabozo de la fortaleza?

«– Nuestros hermanos están por todas partes. Uno de los « amigos » estaba allí, entre los que acompañaban al jefe de la tercera sección.

«– ¿Y qué pasó a continuación?, pregunté temblando.

«–Vas a saberlo, dijo ella.

« Viendo que no obtenía ninguna respuesta, el policía se retiró. Pero regresó al día siguiente; volvió a plantear sus preguntas en vano como la víspera. Entonces hizo una señal. Entró otro prisionero; un cobarde que, para obtener una disminución de su pena, había consentido en hacer las funciones de torturador. Ese prisionero tenía en la mano un látigo. Tomaron a Boris, lo ataron y lo desnudaron. En treinta ocasiones la correa de cuero con duros nudos y puntas cortantes, desgarró la piel viva. Hecho eso, el policía dijo:

«–Tus cómplices. Dínoslos.

« Boris se levantó, y, siempre en silencio, miró sonriendo al verdugo y al jefe de la tercera sección. »

«–¡Boris, mi valiente Boris!, exclamé yo con el corazón desgarrado y llantos de fuego e los ojos.

«–Escucha aún, Alexandra Iwanowna, me dijo mi gobernanta. »

« – ¿No quieres hablar?, continuó el hombre de la policía. ¡Pues bien! escribirás. Mira lo que te dejamos en esta mesa: tinta, papel y una pluma. Debes saber que a partir de ahora nadie entrará en tu celda y que no se te traerá comida ni bebida antes de que hagas pasar bajo la puerta una hoja donde estén escritos los nombres de tus cómplices y el objetivo de vuestro complot. Si te obstinas en no revelar nada, tanto peor para ti. Morirás de sed y hambre.

«Se le dejó solo. Se acostó sobre el camastro y allí permaneció mucho tiempo sin moverse. Pasaron las horas. Todo un día. Luego toda la noche. La sed debió subirle a la garganta, el hambre le tomó las entrañas; siguió sin moverse. Más horas. Otro día. Otra noche. Tenía zumbidos en los oídos, visiones de llamas ante los ojos, la garganta llena de brasas, el vientre como si estuviese siendo devorado por bestias. Tal vez miró la hoja y la pluma sobre la mesa durante un instante; sabía que no tenía que escribir más que unas pocas palabras para que se le diese de comer y beber, y tuvo miedo de los malos pensamientos que no había tenido pero que podían sobrevenirle.

«Durante ese tiempo, unos hombres iban y venían, a pasos sordos, por el corredor, por delante de la entrada de la celda. Vigilaban el momento en el que Boris hiciese pasar la hoja bajo la puerta. Sintieron como un olor de lana y de viejos bosques quemados. Al principio no le dieron importancia. Pero el olor se intensificó; se sorprendieron. Finalmente, en lugar de la carta, por debajo de la puerta salió una humareda que se evaporó en el corredor. Se precipitaron, entraron en la celda. Sobre el camastro completamente calcinado, Boris estaba tumbado, – aferrado a la correa en medio de sus ropas desgarradas. ¡Sus cabellos estaban quemados, y su carne desnuda, todavía viva, chisporroteaba como en una hoguera! »

« – ¡Dios!, exclamé yo sollozando, ¡ha muerto!

« – Todavía no, dijo Warwara. Lo quitaron de las llamas antes de que hubiesen acabado su obra, y tal vez viva.

« – ¿Qué había ocurrido? ¿Quién había provocado ese incendio?

« – ¡El mismo Boris, mi niña!

« – ¡Oh! ¿cómo?

« – No se sabe.

« – ¿Pero por qué?

« – ¡Temía que el hambre fuese mala consejera y había querido morir enseguida para no traicionar jamás! »

XVI

¡Ah! ¡mi Stéphaná, yo lloraba, lloraba! ¡El látigo! luego esa cama de humo y brasas! El fuego había mordido el cuerpo sangrante aún de mi pobre Boris! Se decía que viviría; ¿cómo podían saberlo? Se muere por mucho menos. ¡Y cómo debía sufrir! Figúrate, querida, me parecía que experimentaba sus dolores, que me habían golpeado y que tenía llamas que me corrían bajo el vestido. ¿Es que yo amaba a ese bello mártir? ¡Oh! ¡qué idea! ¿Por qué lo habría amado? Jamás me había hecho un cumplido, nunca me había invitado a bailar; en definitiva, una no puede enamorarse de un hombre que carece de galantería y ni siquiera sabe los nombres de las figuras de los Lanceros. Lo que me hacía llorar era la piedad; ¡no era el amor, no, no, no!

Sin embargo Warwara me había dejado para ir a buscar noticias; y yo estaba allí sola en mi cuarto, sentada, con los codos apoyados en la mesa, mordiente a pequeñas dentelladas mi pañuelo de encajes, cuando oí un pequeño golpe en mi puerta.

Piensas correctamente si crees que no dije «¡Adelante!» ¡Ah! me inquietaban mucho las visitas a esa hora. Iba a levantarme para pasar el cerrojo, pero la puerta se abrió en toda su amplitud, y vi entrar al pope con el que me confesaba de ordinario.

Es sabido que vosotras, las polacas, respetáis a vuestros sacerdotes, pero nosotros en Rusia no damos demasiada importancia a los popes. Se cuentan mil historias para divertirse. Todo el mundo sabe que ellos pegan a sus mujeres y que se emborrachan de vodka. Pelean en las calles por cualquier motivo; se les ha visto tomar por los cabellos a sus diáconos durante el oficio! Se venden al mejor postor; Hubo hace tiempo, en San Petersburgo, un mercado de popes donde los criados de los nobles iban a « contratar » capellanes. En fin, un día, en Kiev, un sacerdote bautizó un perro en plena iglesia; y como fue motivo de asombro, él respondió «¡que se le había pagado por eso!» – En lo que concierne al clero blanco hay que confesar que Boris no estaba equivocado.

Pero el sacerdote no es el dios. Se puede despreciar a los popes sin dejar de ser religiosa; y yo, precisamente, yo lo era mucho, porque estaba completamente de moda serlo. Observaba fielmente los ayunos; me confesaba de muy buena fe; comulgaba regularmente, y tenía unos trajes para ir a la iglesia que eran los más bonitos del mundo. Es necesario llevar bien la salvación, ¿verdad?

Así pues, vi entrar con mucho placer a mi confesor. Tenía necesidad de ser animada, consolada. ¡La religión es un asilo siempre abierto a aquellos que sufren! Además, el pope que yo había elegido era un hombre muy digno, se aseguraba; jamás le habían visto borracho, excepto los días de gran fiesta; como había sido Blagotchindy², era bastante sabio, hablaba con alguna elocuencia; y en fin, algunas veces golpeaba a su criada, pero a su esposa jamás; bien es verdad que era viudo.

Ese día, reconocí que merecía su buena reputación. Viéndome triste, me habló con amable dulzura, diciéndome que en las penas era necesario recurrir a la ayuda que nos dispensan tan generosamente la Virgen y los santos, dándome a besar unos pequeños iconos³, que tenía en su bolsillo con su tabaquera. Sobre todo me aconsejaba rezar para merecer el favor divino, ayunar y confesarme.

Bajos esas buenas palabras, sentí mi corazón fundirse y suplicaba al pope que me escuchase en confesión allí mismo. El aceptó. Me arrodille y, con los ojos fijos sobre una imagen de San Nicolás que él tenía en la mano, le conté todo: mi entrevista con Boris en la terraza, los cosas espantosas que me había dicho el apuesto nihilista y que yo tal vez había cometido el error de escuchar, su detención y su tortura...

¡Ah! ¡que razón se tiene creyendo que la Iglesia es una divina consoladora! Cuando me hubo dado la absolución, prometiéndome rezar por Boris y por mí; cuando le entregué un billete de veinte rublos para los pobres de su parroquia, me sentí completamente serena. Tras haberme dado su bendición marchó; y yo quedaba en adoración ante el icono de San Nicolás, que él había querido venderme, – no demasiado caro, cincuenta rublos.

Pasaron varias horas en este mudo éxtasis.

De repente Warwara se precipitó en mi habitación, furiosamente. Me sacudió por los hombros y gritó:

«–¡Desgraciada! ¿por qué lo has traicionado?»

«–¡Oh! ¿qué ha pasado?»

«–Todo iba a arreglarse; y ahora todo está perdido. No había pruebas contra Boris; el coronel R... comenzaba a decir que tal vez había escuchado mal; y luego el valor de Boris conmovió incluso a sus verdugos. Se le habría puesto en libertad para que al menos no muriese en la fortaleza. Pero ha llegado un pope, – con el que tú te confiesas normalmente. Repitió todo lo que te dijo Boris al jefe de la tercera sección; y dentro de dos días, moribundo, con los ojos vidriosos y el pecho sacudido por los supremos estertores, Boris será enviado a Siberia!»

² Sacerdote de parroquia en relación directa con el consistorio de la provincia, y que ejerce una gran influencia sobre los demás sacerdotes de su distrito.

³ Imágenes sagradas.

XVII

¡Imagínate la noche que pasé, mi Stéphan! ¡Yo era la culpable de la perdición de Boris! él iba a ser libre y por mi culpa, – debido a mi indiscreción, a mi estupidez, – lo retenían en la prisión y antes de dos días lo trasladarían al espantoso presidio de nieve y hielo. ¡Oh! ¡ese pope! Tú sabes que yo no soy muy fuerte y que cuando se me estrecha con un poco de intensidad la mano, doy un gritito, como un pajarillo al que se coge. ¡Pues bien! si ese sacerdote hubiese estado allí, ¡creo que le habría golpeado! Tenía ganas de saltar sobre el icono de San Nicolás y hacerlo trizas bajo mis pies. Pero no me atrevía. No creía que hubiese necesidad de hacer a los santos responsables de las faltas de sus ministros, – porque yo todavía no era completamente nihilista.

Pero tomé una decisión: había perdido a Boris, –¡lo salvaría! Iría a ver a Su Excelencia el gobernador de M..., el intendente de la provincia, como se llama. Le diría que el pope había mentido, que Boris me había hablado en la terraza de cosas indiferentes, me había recitado versos de Lermontof mirando la luna; ¡llegaría incluso a decirle que había pedido mi mano! En fin, le contaría tantas cosas, con aire tan suplicante y tan convencido, ¡que creería en la inocencia del prisionero!

Salí muy temprano, apenas peinada, con un viejo vestido, el primero que encontré, y unos guantes para el frío; en definitiva, mal vestida. Es que en realidad había perdido la cabeza, o el corazón si tú quieres.

Tomé un coche y me hice conducir al palacio del gobierno. En la gran antesala donde me introdujeron no había todavía nadie. Fui derecha hacia un gran ujier barbudo que se encontraba sentado detras de una mesa escritorio y le expliqué que deseaba hablar con el gobernador.

–¡Imposible!, dijo.

–¿Ha salido?

–No.

–¿Hay otras personas con él?

–No.

–¿Entonces, puedo verle?

– Imposible.

–¿Por qué?

– Porque no se puede. Hace un instante un muy alto funcionario me ha ofrecido cinco rublos a condición de que lo condujera ante Su Excelencia, y me he visto obligado a negarme.

–¿Y si yo le ofreciese veinte rublos?

–¡Oh! eso sería diferente, dijo el ujier, con la más amable de las sonrisas.

Un instante después yo esperaba en una especie de amplio despacho dónde había, en un marco de oro, el retrato del zar a caballo y, frente al retrato una estatua en mármol de la Justicia con las dos balanzas.

No esperé mucho tiempo. Un hombre entró, envarado, serio, austero. Debía ser un funcionario de un rango elevado a juzgar por su solemne actitud; pero no era el intendente de la provincia al que yo había encontrado dos o tres veces en sociedad.

–¿Desea usted hablar con Su Excelencia?, me preguntó tras un correcto saludo.

Yo respondí:

– A Su Excelencia, en efecto.

–¡Imposible! El gobernador ha pasado trabajando toda la noche. ¡Tenemos tantos asuntos pendientes! ¡Esos nihilistas nos dan muchos quebraderos de cabeza! En fin, esta mañana, Su Excelencia no está en disposición de recibir visitas. Créame que lo lamentará vivamente...

¡Hice un gran acopio de valor! Me acordé de lo que había afirmado Boris; y dije, mirando al hombre a los ojos:

–¡Cien rublos! ¿Es suficiente?

–Sígame, dijo él conservando su aire austero; tendré el honor de mostrarle el camino.

Quedé muy sorprendida. El funcionario me dejó, no en un despacho, sino en el más bonito de los salones: un reducto encantador, querida, casi tan encantador como la habitación, tú sabes, decorada de tafetán rosa y de ligeras sedas, donde tan a menudo hemos leído juntas, con mi cabeza sobre tu hombro, los libros que tomábamos de la biblioteca de tu tío.

–¡Oh! ¡es ella! ¡Sí, realmente es ella!, dijo una vocecita aflautada, casi tan fina como la tuya.

Me volví. Reconocí a la esposa del gobernador, Sogna Peterowna; nos habíamos encontrado más de una vez en los salones oficiales de M...

Bajita, un poquito gorda, blanca, ojos azules y unas frambuesas por labios, era delicada, graciosa, exquisita; su peinador de seda natural, – muy logrado por la misma costurera que yo tenía, – dejaba escapar unos borbotones de muselina tan transparentes que se veía, al través, un lunar negro que tenía sobre el seno; y, caminando, emanaba de ella una nube de perfumes.

– ¿Alexandra Iwanowna, balbuceo ella con bonitos melindres, parece que quiere ver a mi marido? ¡Ah! lo lamento. Hoy, precisamente, es imposible. Figúrese usted que lo he llevado al baile esta noche, y, como una loca que soy, le he hecho bailar. Sí, a él, a un ilustre funcionario, el más serio de los hombres, que será ministro un día. De modo, – el no tiene costumbre, usted lo comprenderá, – de modo que está muy cansado esta mañana. Y usted me ve desesperada por no poder...

Pero yo no perdí la esperanza. Las mujeres rusas – diga lo que diga Boris, – son muy buenas, yo lo sabía. Sogna tendría piedad de mí. Le tomé las manos, – unas manos exquisitas, de uñas rosadas como pétalos de rosa, – y comencé a decirle...

– ¡Oh!, dijo ella sin escucharme, ¡Qué bonitos pendientes tiene usted en las orejas! Unos ópalos. ¡Y tan finamente engastados! Apostaría a que vienen de París. Se dice que esas piedras traen mala suerte. ¡Bah! yo no soy supersticiosa. Déjeme verlos un poco. ¡Ah! absolutamente perfectos. Sepa, querida, que estaría muy apenada de no hacerle este favor si usted me ofreciese esos pendientes a cambio.

¡Te aseguro que tuve vergüenza por ella!

–Tome, tome, le dije...

Finalmente vi a Su Excelencia el intendente general de la provincia, un viejo un poco encorvado, con aire pensativo y aspecto de buena persona también. Me inspiró confianza. Enseguida corrí hacia él. Le dije la razón de mi visita; que había que dejar a Boris en libertad; que no era culpable; que el coronel R... se había equivocado; que el pope había mentido; en fin, todas las cosas que te puedas imaginar. Me escuchaba con una benevolencia conmovedora; hacía pequeños movimientos de cabeza, como para expresar: « Sí, hija mía, está bien, comprendo; habla. » Al final, cuando me calle, me estrechó dulcemente las dos manos y vi, con el corazón lleno de esperanza, que tenía lágrimas en los ojos.

Puedes adivinar mi alegría.

Me dijo:

–Venga.

Yo le seguí.

Pasamos a una estancia contigua donde firmaría la orden de puesta en libertad provisional. ¡Oh! ¡qué feliz era!

Entramos en un pequeño cuarto, muy cerrado, con muebles acolchados... Sobre las paredes había extrañas imágenes...

¡De repente, emití un grito!

Me había tomado por la cintura y me besaba en la boca.

¡Oh! mi Stéphana, huí de allí estupefacta, horrorizada, ¡llevando sobre mis labios un poco de la infamia de ese hombre!

XVIII

Regresé, entré en mi habitación, ¡pasé los cerrojos! Quería estar sola, no ver a nadie, a nadie, nunca más. ¡Oh! pero, era cierto finalmente que los popes son viles, que las mujeres rusas son infames. ¿Qué hacer, qué esperar? No podía contar con mi madre que no ama más, tú lo sabes bien, que a sus periquitos del Cabo y a sus conejos blancos de Japón. Sola, sin apoyo, no conociendo más que a bailarines, teniendo poco dinero, – ahorros de una jovencita, – nada podía hacer por Boris. Había hecho lo que podía. – Como un ladrón o como un asesino, como aquellos que han echado puertas abajo o abierto cajas fuertes y llevado cantidades, como aquellos que, ebrios de vodka, han estrangulado a su esposa o ahogado a sus hijos, Boris, mi puro y orgulloso rebelde, partiría para Siberia, ¡para la espantosa región gris de donde no se regresa!

¡Siberia! ¿Sabes lo que es eso, querida? ¿Has escuchado lo que cuentan las tristes leyendas de los heroes de tu Polonia?

Llanuras sin límites, ciudades extrañas, pueblos tan poco numerosos en el vasto desierto que el desgraciado que quiere ir de uno a otro muere de hambre sobre la tierra helada si no muere de frío; y sobre la inmensa soledad, donde la nieve se espesa, donde merodean los osos blancos, bajo un cielo gris y bajo, y pesado, cerrado, como la patria.

¡Oh! sé bien que entre los condenados – allí se les llama «¡colonos!» – algunos pueden vivir sin demasiada angustia; tienen abrigo en las chozas de los pueblos, camas en las casas de las ciudades; hacen trabajos por cuenta propia e incluso pueden tener a sus familias con ellos. Pero esos son los que son condenados considerados como poco peligrosos, – ¡Boris es terrible!– o son los cobardes que se han humillado, que han pedido perdón; – ¡Boris no se humillará! Irá a las minas con los peores culpables, con los sangrientos y los inmundos. Allí, bajo la tierra fría que se desmorona por bloques y que puede romperte el cráneo, los trabajos forzadas, penosos y sin descanso, el frío, la comida asquerosa, el lecho duro donde no se puede dormir, y a menudo el bastón en los riñones, durante la noche por el sueño demasiado prolongado y por el día por el trabajo demasiado pronto interrumpido. De mil condenados enviados a las minas, mueren novecientos cincuenta antes de diez años de estar en presidio. ¡Boris morirá! ¡Boris morirá! ¡Oh! ¡Dios mío! ¿por qué? Por haberme hablado esa noche en la terraza del jardín.

Una tarde, Warwara me dijo:
– Parte mañana, antes del amanecer.

Una noche muy fría. Un cielo muy negro; y allí en lo alto, ni una estrella.

Yo estaba allí, tiritando bajo mi abrigo, con Warwara que me cogía de la mano, y a nuestro alrededor había muchas mujeres, tristes también, que lloraban en sus manos.

Frente a nosotras se encontraba la fortaleza, cuadrada, enorme, lúgubre.

Se abrió la puerta con el crujido de sus goznes. Nos adelantamos. Aparecieron unos cosacos armados con pistolas y lanzas de donde colgaban unas linternas, y largas fustas con las que hacían restallar el aire.

Luego aparecieron unas mujeres, de tres en tres, manteniendo, como bueyes que van al matadero, la cabeza curvada bajo unos yugos donde su cuello encajaba entre unos collares de hierro. ¡Las he visto, Stéphana! Ellas eran doce o quince. Se decía a mi alrededor que eran antiguas estudiantes suizas – se precisaba: de Zurich – que habían estado implicadas recientemente en un juicio de nihilistas. Estaban desfallecidas, apenas se tenían en pie, sin embargo no lloraban. Una de ellas se bajó. Se creyó sin duda que había querido dejar caer algún papel, alguna carta. Entonces con un golpe de fusta que rozó a las otras también, un cosaco la obligó a mantenerse de pie, a caminar, a correr. ¡Oh! ¡pobres criaturas! Y sin embargo, yo que salía de una habitación cerrada donde perfumes ardían en la llama de la lamparilla, yo que regresaría de nuevo a esa casa cálida y apacible, envidiaba a esas mujeres porque se iban con Boris, ¡porque sufrirían a su lado!

Después de ellas avanzaba un grupo de hombres, bajo yugos también con las manos atadas a la espalda y una cadena en la pierna. Al resplandor de las linternas rojas que inclinaban los cosacos para contar a los prisioneros, se podían percibir los abrigos grises con números en cobre sobre el pecho, grandes botas y gorros en piel de cordero; y cada condenado llevaba sobre los hombros un cobertor y en la cintura una cuchara de madera y un vaso de estaño. ¡Quise dirigirme hacia ellos para reconocer a Boris! Los cosacos se interpusieron amenazándome con sus fustas. Sin embargo, inclinada, con la cabeza hacia adelante, mientras en torno a mí lloraban, retorciéndose los brazos, las esposas y las hijas, yo intensificaba mi mirada en la oscuridad.

Los hombres pasaban y yo no lo veía.

¡Una esperanza hizo brincar mi corazón! Tal vez no partiese; sin duda quedaría en la fortaleza para ser juzgado. ¡Oh! mi Stéphana, mi hermana querida, toda mi belleza, toda mi simpatía y mi vida entera también, ¡las hubiese dado para que él no partiese! Y el sombrío convoy que se había formado en fila regular entre una doble hilera de cosacos, se alejaba ya de la prisión. Boris no había pasado, estaba segura; se iba a cerrar la puerta; ¡quedaría en Rusia!

De repente creí desfallecer.

Un pesado carromato salía de la fortaleza, y allí, a la luz de las linternas, entre otros enfermos que no hubiesen podido hacer el camino a pie, apareció Boris, con el mentón sobre el borde de madera, macilento, flaco, pálido, con el rostro cubierto de quemaduras, sin cabello, desfigurado, ¡horrible!

XIX

Warwara me dijo:

– ¿Quieres seguirle?

– ¡Hasta que mis fuerzas se agoten!, respondí.

Y nos dimos prisa.

Cerca de nosotros, las demás mujeres – hermanas, esposas o hijas de los condenados – caminaban también, sollozantes, en las heladas tinieblas que hacían tiritar sus miembros y castañear sus dientes; y delante de las tristes plañideras se alineaba el largo grupo de los condenados, ¡semejante al cortejo fúnebre de algún miserable excomulgado que se le enterrase por la noche! Las linternas de los cosacos, aquí y allá, brillaban, enrojecidas, como los ojos de enormes demonios.

– ¡Más aprisa! ¡más aprisa!, dije yo.

Unos pasos más y lograría alcanzar la carreta donde había visto a Boris; pues rodaba penosamente sobre los adoquines de las calles, con chirridos de ejes y crujidos de viejas planchas.

¡Tendí los brazos! pero un cosaco, me puso bruscamente su linterna en el rostro; ¡me pareció ser salpicada y quemada por un fuego que fuera sangre! Luego el hombre me agarró por los hombros, me obligó a girarme y, con un puñetazo en los riñones me tiró a la dura tierra.

Me levanté con la ayuda de Warwara. Me había hecho una herida en la frente debido sin duda a alguna piedra, y, al caer, asustada, había mordido los labios que sangraban.

– ¡Ánimo!, murmuró mi gobernanta. Lo veremos en la iglesia y tal vez podamos hablarle.

¡En la iglesia! yo me explicaba bien lo que había querido decir: pero ella creía que sería posible acercarse a él; eso bastaba para que yo fuese fuerte, para que no sintiese el dolor de mi herida de donde manaba la sangre sobre mis mejillas, como lágrimas...

Nos pusimos en marcha.

El horizonte se fue aclarando poco a poco; después de las últimas casas de la ciudad y las últimas chozas de los barrios llegamos al campo, pálido, desnudo, con árboles secos y extraños envueltos aún por vahos de niebla.

Pronto llegamos a un pueblo; y el convoy se detuvo delante de la iglesia.

Al paso de unas puertas bajas, los mujics recién despertados se mantenían de pie; se veían cabezas de mujeres detrás de los hombros de los hombres. ¡Oh! si esas personas hubiesen querido; eran más numerosos que los cosacos; ¡habrían podido arrojarse sobre los soldados y liberar a los prisioneros! Pero, no, permanecieron inmóviles, con los brazos caídos a lo largo del cuerpo, con los ojos sin vida, sin ira, sin emoción, ni siquiera un poco de curiosidad. Eso no les incumbía; no tenían que involucrarse en esas cosas; – tal vez no comprendiesen lo que pasaba. Algunos sonreían, estúpidos.

Los cosacos hicieron entrar a los prisioneros en la iglesia. Volví a ver a Boris, por desgracia de lejos. Sostenido por dos cosacos, franqueó el umbral del templo, sin volverse. ¡Oh! ¿cómo hacerle saber que yo estaba allí mendigando una mirada?

La iglesia era suntuosa. La luz matinal que se colaba entre los vitrales, hacía resplandecer los cálices, los pesados candelabros del altar, los cobres pintados de las imágenes, y, delante de la blancura del santo mantel, la casulla del pope, bordada de perlas y de plata.

Cuando los cautivos se sentaron, cuando las pobres mujeres que los habían seguido, se arrodillaron, detrás de los cosacos, cerca de la entrada, el pope, venerable anciano con aire tierno y bonachón, habló en el gran silencio.

¡Oh! fue monstruoso, Stéphana mía.

A esos condenados, ante esos condenados que sufrirían por la barbarie de las órdenes imperiales, alabó la clemencia imperial; aconsejó arrepentirse a esos inocentes; los instó a humillarse, a pedir perdón, a arrastrarse por el polvo, ¡y sobre todo a alimentar en su corazón una imperecedera gratitud hacia el zar tan misericordioso!

Ellos lo escuchaban sin levantar la frente. Pero, de repente, en primera fila se levantó una cabeza altiva y gritó violentamente:

– ¡Muerte al zar!

¡Era Boris quién había proferido la terrible frase! A pesar de los cosacos y la multitud me lancé a su encuentro. ¡Oh! siempre orgulloso, siempre grande, ¡mi Boris!

¡Dios! entre el tumulto, el pope había levantado en sus dos manos uno de los enormes candelabros del altar, y asestó un furioso golpe al cráneo del rebelde.

Yo lancé un grito, me tambaleé y caí...

Cuando recuperé el conocimiento, estaba acostada sobre la estufa de una choza. Warwara me tomaba de las manos.

– ¿Ha muerto? ¿ha muerto?, preguntaba yo entre sollozos.

– No lo sé. Se lo han llevado herido, sangrando, tal vez muerto...

Me levanté, corrí hacia la ventana. Allí, sobre la colina, a plena luz, demasiado lejos para que pudiese ser alcanzada, iba disminuyendo, desapareciendo ¡el sombrío grupo de aquellos que ya no regresarían!

XX

Desde la fortaleza de R..., el... de 187...

Regresé a M... Enfermaba encerrada en mi habitación. Allí permanecí durante tres días pretextando una indisposición. Debía ocultar mi herida y mis lágrimas. Luego ya no lloré más. Me quedé sentada, con los puños bajo el mentón, la mirada fija, soñadora. ¡Ah!, mi hermanita blanca, me había convertido en otra. Ahora pensaba en cosas tristes y serias. Sobre todo una idea me invadía: era imposible que una causa por la que Boris se sacrificaba fuese una mala causa; desde luego tenía razón. Todas las palabras que me había dicho venían a mi cabeza. ¿Qué era en realidad el nihilismo? Esas personas a las que llamaban nihilistas, ¿quiénes eran? Aunque mi visita a las Guardianas de la Verdadera Luz me hubiese escandalizado, tenía ganas de regresar junto a ellas, de preguntarles. ¿Pero para qué? ¿No tenía a mano a Warwara? Por supuesto, ella sabía muchas cosas y no se negaría a instruirme. En efecto, desde mi primera pregunta se puso a hablar, ¡a hablar! Parecía un profesor que perora, más bien una mujer que conversa. ¡Ah! no fue divertido todo lo que me contó. Algo como un curso de historia, ¡querida! ¿Tendrás paciencia de leerme hasta el final? Me parece que veo bostezar tu bonita boca como una rosa demasiado abierta.

Warwara dijo:

«¡El nihilismo!

« El primero en escribir esa palabra fue un novelista de un gran talento, un escritor liberal y reaccionario; pues, inevitablemente es reaccionario aquél que es liberal.

«Pero no importa. Si se entiende por « nihilismo » la doctrina de aquellos que, encontrando mala la sociedad, quieren que deje de existir tal como es, aceptamos ese término, y, en ese sentido, el nihilismo es tan antiguo como la miseria y la injusticia, es decir tan antiguo como el mundo.

« Por todas partes dónde un hombre con hambre vea a otros comiendo; donde unos tienen demasiado y los otros no lo suficiente; donde un esclavo ha considerado con lágrimas de rabia la libertad de los demás; en definitiva, donde aquí ha habido sumisión obligatoria, y allí autoridad impuesta, siempre ha existido el nihilismo. Espartaco,

rompiendo el yugo y matando a los amos a golpes de cadenas, era un nihilista; y era nihilista Satanás diciendo a Dios: «¡No seré un siervo!»

« Pero en Rusia, más que en ninguna otra parte, la sombría doctrina de la trasgresión social es violenta y salvaje. ¿Por qué? porque en Rusia más que en ninguna otra parte, la autoridad impuesta se muestra despiadada. »

« Si no se tienen en cuenta algunas raras explosiones de cólera nacional, el nihilismo ruso al principio no fue más que una teoría.

« Era frívolo o brutal, según los medios.

« En los salones se burlaba de los popes, de la religión, del mismísimo Dios; despreciaba al juez corrupto, al ejercito ladrón; se mofaba de la divinidad del zar; pero se atrevía a todo eso con diplomacia, elegantemente, con la sonrisa en los labios. La sonrisa de Voltaire. En los antros era más oscuro, más siniestro, como un rechinar de dientes, – pero todavía no mordía. El rictus de Marat.

«Por otra parte, se disimulaba, no se mostraba a pleno día, era prudente. La ferocidad del zar Nicolás triunfó sobre la paciencia de sus súbditos. ¡Se sufría tanto que al final emergió! El príncipe Dolgoroukof publicó su famoso libro: *la Verdad sobre Rusia*; y la *Campana*, de Alexandre Hertzen, repicó el *Angelus* de la Revolución. ¡Ese periódico fue un autentico prólogo! Publicándose en el extranjero, podía decir todo. Crítico cruel al mismo tiempo que profeta entusiasta, denunciaba los abusos, anotaba las infamias, arrancaba todas las máscaras y predecía también el hermoso devenir de la humanidad libre. Los aduaneros tenían mucho trabajo, los ejemplares de la *Campana* aparecían en numero prodigioso en Petersburgo, en Kiev, en Moscú, en Odesa, por todas partes, en las pequeñas ciudades también, incluso en los pueblos. La gente se reunía para leer en común el «primer periódico ruso libre »; se comunicaban fragmentos mediante cartas a los amigos lejanos; se recitaba en los palcos de los teatros, en voz baja, en los salones, en los recibidores, en las salas de las universidades y en los dormitorios de los colegios. Por la misma época, circularon de mano en mano copias manuscritas de las *Canciones de soldados* y de las *Canciones populares*. Esas canciones eran gritos, – ¡gritos amargos, desesperados! « ¡Despierta, pueblo ruso! el alemán te oprime, el ejército te roba o te mata, el clero te miente, el zar te destroza! » Entonces, todos los que ya no querían aguantar la antigua miseria supieron que eran numerosos, y decidieron abandonar la vana teoría para precipitarse a la acción! »

« Pero no estaban de acuerdo. Cuando no se trata más que de especulaciones intelectuales, la división está servida. Unos creían y todavía creen que es inútil invertir totalmente la sociedad actual, que basta reformarla; declaraban que estarían satisfechos si obtenían, por las buenas o por las malas, la república, el sufragio universal, la igualdad completa, la tolerancia para todas las religiones, la extinción de la endémica pobreza rural.

« Pero otros, – ¡los audaces, los violentos, los orgullosos! – ya hartos de los sueños de Hertzen, querían la demolición de todo, para la reedificación de todo. No siendo nada bueno actualmente, nada de lo que era debía subsistir; y no tenían más plan que una inquebrantable negación, ¡una destrucción sin piedad!

« ¡Caminaron solos, abandonando a los tímidos y a los cobardes! El 14 de abril de 1866, el gran Karatrosóf – cuya memoria sea por siempre alabada! – intentó asesinar al zar; y poco después la «Sociedad de la Hacha» era fundada por el profesor Netchaieff. »

XXI

Warwara prosiguió:

« Netchaïeff era un profesor de la universidad de San Petersburgo. De gran corazón y espíritu audaz, y el brazo tan violento como su pensamiento. Lo que enseñó a sus alumnos fue el odio hacia la servidumbre y la salvaje esperanza de las libertades. Varios lo admiraron y creyeron en él. Eran hombres muy jóvenes, – hijos de burgueses y de nobles. – Entre diecisiete y veintisiete años a lo sumo; ¡la edad del sueño y la acción! ¡Soñaron y se dispusieron a actuar! El grupo creció; hubo centros de reclutamiento en San Petersburgo, en Ivanovo, en Jaroslaw; y, entre los conspiradores, había una muchacha, – ¡niña como tú lo eres, Alexanra Iwanowna! – bella y encantadora, que se llamaba la ciudadana Dementieff, y, con ella, la señora Tomilof, a la que se le llamaba ¡la Coronela!

« Al regreso de un viaje que Netchaïeff hizo al extranjero para mantener relaciones y fortalecer sus proyectos, los lazos de los conspiradores se estrecharon y fue fundada definitivamente la «Sociedad de la Hacha». Eso ocurría a comienzos del año 1869.

« El comité principal se estableció en Moscú. Se formaron, por diversos puntos de Rusia, secciones que a su vez se dividieron en círculos de cinco personas. La iniciación se complicaba con pruebas temibles; lo que se cuenta de las sombrías ceremonias de los iluminados de Alemania tenía lugar, más terriblemente tal vez, el día de la admisión de un nuevo conspirador; el iniciado aceptaba la muerte en el caso de violación del juramento; extendía el brazo sobre unas hojas de espada cruzadas, y como los antiguos albañiles de las logias egipcias, juraba por la belladona y *l'aqua to fana!* Por otra parte, los miembros de la asociación no se conocían los unos a los otros, o fingían no conocerse; jamás un nombre acudía a los labios; siempre un disfraz sobre el rostro. Y cualquiera que traicionase era encontrado una mañana en una esquina de alguna calle, extendido sobre el pavimento con un puñal en la espalda.

«Poco a poco fueron haciéndose muy numerosos. Hombres, mujeres, ancianos, jóvenes, ricos o pobres, todos aquellos a los que exasperaba finalmente la insoportable tiranía, se unieron con los compañeros del Nuevo Deber. Fueron a una imprenta secreta y la primera proclama tuvo una tirada de un millón de ejemplares y fue distribuida por toda Rusia. Tenía por título: « La Justicia del Pueblo », y por enseña ¡una hacha roja! En ella se contaban muchas miserias, la esclavitud, el *knout*, los amos inmundos y los sujetos envilecidos; en ella se profetizaba que estaba próxima la hora de un

levantamiento unánime, del hundimiento general: los tronos y los altares no serían más que ruinas sobre las que escupirían los transeúntes; los niños reirían de lo que fue la Ley antigua, y las antiguas historias de la humanidad no serían más que viejos cuentos olvidados por las mismísimas abuelas. En fin, cuando todo hubiese sido destruido, surgiría una nueva generación que reconstruiría. Pero ahora no había que preocuparse de esa reedificación. Cada siglo tiene su tarea; el siglo diecinueve es el siglo destructor. «¿Quién iba a pensar nunca que la demolición de un viejo edificio y la construcción en el mismo lugar de otro edificio podrían ser ejecutados por los mismos obreros? Nosotros somos los demolidores. ¿Y que destruiremos? Todo lo que se levanta. Repudiamos solemnemente los prejuicios de antaño. Para nosotros no hay ni religión, ni gobierno, ni familia, ni derecho de propiedad. Locuras, antiguallas, sotanas. Que el viento del pueblo sople sobre todo eso, se lleve todo eso y que no quede ante los ojos del hombre más que una inmensa planicie en un horizonte sin límites, una estepa sobre la que no se levantarán nunca más ni autoridades, ni prejuicios, ni leyes, y que estará dispuesta a recibir los fundamentos de una nueva sociedad! » Hablaban de este modo y añadían: «En cuanto a nosotros, esperando la hora del cataclismo perfecto, cumpliremos con nuestro deber y daremos ejemplo. Mediante el fuego, el veneno o el puñal, suprimiremos a los monstruos con uniformes de oro que están cubiertos de sangre rusa; y cada uno de nosotros dará por satisfecha su jornada si, por la noche, puede decirse: ¡Hoy he librado a Rusia de uno de los bribones que la atropellan y la asesinan!»

« ¡Oh, precursores! ¡oh, héroes! ¡oh, apóstoles! iban a ser vencidos por desgracia. Uno de ellos, – ese cobarde se llamaba Ivanof, – habiendo dudado ante la comisión de un atentado, fue estrangulado según la regla; se encontró el cadáver; la policía se asombró y se afanó; comenzaron las persecuciones; Netchaïeff debió huir. ¡Pero su gran alma no pudo ser abatida! Lejos de su patria conspiró por ella. Aún en la lejanía no era menos temible. ¡Tal vez un día regresase triunfante! Pero volvió cautivo. Acusado de un crimen de derecho ordinario, Suiza lo extraditó. Lo trasladaron encadenado de pies y manos. Pero como, incluso en prisión, incluso en Siberia, hubiese sido un peligro para la sociedad rusa, sus infames guardianes recibieron la orden de degollarlo en el vagón celular. »

XXII

Yo la escuchaba, horrorizada. Warwara continuó:

« A la muerte de Netchaïeff, los Compañeros de la Hacha, ya dispersos por las persecuciones, ni siquiera intentaron agurparse bajo un nuevo jefe. ¡Tú no fuiste vengado, apostol y martir! Pero tu pensamiento, siempre vivo, germinaba en las grandes almas: Pisemski estudiaba la Doctrina; Mikailof la comprendía; Pizarof la explicaba, y Tschernichewski la admiraba. El zar los envió a Siberia. ¡No importa! En las ciudades penitenciarias, sobre las grandes rutas heladas y en el mismo horror de las minas, ellos predicaron la nueva ley, el sombrío Evangelio rojo del nihilismo. ¡Cuántos hombres golpeando sus hierros soñaron con hacer de ellos armas pronto ensangrentadas! Y las mujeres con sus sonrisas alentaban a los grandes proyectores; olvidando su debilidad, o más bien negándola, ellas iban de pueblo en pueblo, por los fríos desiertos siberianos, diciendo al hambriento: «¡Comerás si matas!» diciendo al extenuado: «¡Descansarás si matas!» diciendo a los que tiritaban de frío: « ¡Venid a calentaros a los palacios y a los cuarteles en llamas! » Al mismo tiempo, propagaban con fervor la doctrina del Amor Libre. Desde luego, más de una, joven, bella y ardientemente amada, debió sufrir al tener que proclamar la facultad para todo hombre de tomar a toda mujer, para toda mujer de entregarse a todo hombre. Ellas controlaron los vanos celos y los bajos pudores a causa de la belleza y necesidad de la obra. Una de las más admirable fue Tchesme Mernichewski. Cuando se le arrancó a su marido para enviarlo al gris exilio de Irkustsk, le dijo sin mostrar sus lágrimas: «¡Estando yo ausente, debes elegir otra esposa!» Y más tarde, cuando se reunió con él en Siberia, ella honró a las concubinas del exiliado, cumplimentó a las que habían sido fecundadas y se ofreció a servir las.»

« En esa época, Alexandre Herten murió en París en el mes de enero de 1870.

« Este hombre había mostrado una gran debilidad. Espíritu entusiasta pero quimérico, no supo pasar del sueño a la acción; tuvo miedo del movimiento que había puesto en marcha; la obra a la que incitó lo espantaba, – como si no hubiese previsto que sería obedecido. Incluso, en una hora de imperdonable cobardía, y tal vez de traición, escribió hablando del magnánimo Karakozow: « El disparo de pistola del 4 de abril nos ha hecho daño en el corazón. Estamos indignados con la idea de la responsabilidad que asumía sobre él ese fanático. Solo en los pueblos bárbaros o en decadencia, su historia se compone de asesinatos. » ¡Oh, espíritu débil! ¡Oh, corazón

exangüe! ¡oh, brazo inútil! tú te atreviste a reprobar el Asesinato político, ¡que es el hecho de los hechos! y tildaste de fanático al glorioso Cristo-Asesino, al Hombre de inmortal recuerdo, al Hombre auténticamente hombre, es decir Dios, ¡Dymitre Karakozow!

« Sin embargo, a causa de los servicios prestados al principio, será generoso olvidar las faltas de Alexandre Herten. Recordemos solamente sus ardientes proclamas, sus acerbas cartas que turbaban y transportaban las almas. ¡Su *Campana* repica! Y recordemos también que a la hora de su muerte legó un millón de rublos⁴ a la Revolución moscovita. Ahora bien, fue con las rentas de esa suma como fueron pagados los viajes de los misioneros nihilistas a través de Rusia, y como fueron fundados esos valerosos periódicos: el *Vpered*⁵ en Suiza; el *Nabat*⁶ en Inglaterra y finalmente, en la misma Rusia, en San Petersburgo, la hoja vengativa, en vano perseguida, secuestrada, quemada, – y siempre renaciente, – que se llama ZEM-LIA I VOLIA⁷. »

Gracias a eso no se interrumpió la revolución. A falta de puñales, continuaba por la pluma. Antes de comenzar a golpear se advertía, como si, mediante una generosidad tal vez censurable, – obstinado resto de los antiguos prejuicios, – hubiese querido dejar a los culpables tiempo para arrepentirse. Pero su acción, para no ser todavía sangrienta, no era menos eficaz; se apoderaba de los espíritus poco a poco, no solamente en las ciudades, sino en los más lejanos pueblos; y más de un mujic se hacía leer por el pope, – mediando dos copecs, – esas frases que un transeúnte desconocido había escrito en letras rojas, por la noche, sobre la puerta de la choza:

« ¡La revolución hará caballeros a todos los campesinos del mundo entero y les dará títulos de barones, de condes y de príncipes, de reyes y emperadores! ¡Todo hombre será monarca! pues no hay otro medio de conseguir la igualdad de los privilegios, es decir la perpetua libertad. Sí, tras la muerte del zar, todos los campesinos serán zares.»

⁴ Más de cuatro millones de francos.

⁵ *Adelante*.

⁶ *Rebato*.

⁷ *Tierra y libertad*.

XXIII

Desde la fortaleza de R..., el... de 187...

¿No te habrás vuelto loca, mi reinita rubia, escuchando estas cosas abominables? A mí, la cabeza me daba vueltas un poco, debo confesarlo. Sin embargo quería, ¡debía saber toda la verdad! Esta causa, por la que Boris sufría, quizás moría, esos hombres que eran sus hermanos, esas mujeres que eran sus hermanas, era necesario que aprendiese a conocerlos completamente! Pero lo que sobre todo me importaba, no era la historia del nihilismo, era el estado actual de esta secta salvaje; e interrumpí a Warwara, que se disponía a proseguir imperturbable como un profesor en su tarima.

« – Warwara, le dije, ¡me cuentas un terrible pasado! Pero, el presente, ¿cómo es? ¿Quiénes sois hoy y en qué punto está vuestra sangrienta revolución?

«–¿Quiénes somos? ¿Dónde nos encontramos?, exclamó ella con voz entusiasta y levantando la cabeza con un movimiento tan brusco que sus antiparras de oro con cristales azules le saltaron de la nariz. Escucha, niña frívola, y ¡tiembla de admiración ante los actos de los Fuertes!

«¿Quiénes somos? Innumerables. Los copos de nieve que durante todo un invierno caen y se amontonan sobre la inmensa estepa, apenas son tan numerosos como los adeptos a la buena doctrina. Desde luego no todos son igualmente puros y venerables. Se han ofrecido a la revolución unos aliados que ella no hubiese buscado; como han venido a ella, los ha aceptado. ¿Pensadores, prácticos innovadores? No. Algunos locos; pero su locura estaba enfrentada a las leyes y costumbres antiguas; eso bastaba para que fuesen acogidos. Importaba crecer, aumentar siempre el número de los Destruidores. Es por lo que hemos recibido entre nosotros a los sectarios de veinte religiones insensatas, e incluso a los imbéciles y feroces Skopchis que, ensangrentándose a sí mismos, ¡dejan de ser hombres para convertirse en ángeles! ¿Acaso un ejército en campaña se preocupa del valor moral o intelectual de los reclutas que lo engrosan? ¿Asesinos? Tanto mejor: ¡sabrán matar! ¿Ladrones? Tanto mejor: ¡sabrán robar! ¿Pirómanos? Tanto mejor: puesto que toda Rusia ya no debe ser – habiendo llegado la hora de la formidable siega – más que una llanura desmesurada; ¡teniendo por paisaje nada más que llamas! ¡Qué importa la bajeza o la ignorancia de una multitud cuando obedece a una élite pura y elevada, que sabe que lo quiere, que distingue con claridad el objetivo! Esta élite la tenemos: ellos nos conducen, los orgullosos jóvenes de las escuelas, en los que late un corazón auténticamente ruso. Bellas jovencitas – tontas ayer, pensativas hoy – vienen a nosotros y nos dicen: «¿Cuando hay que matar?» «¿Cuando hay que morir?» Escritores

abandonan sus libros inacabados, comerciantes que dejan sus comercios para combatir en el gran combate; e incluso, entre los jóvenes oficiales de los ejércitos, varios nos buscan y nos aprueban, de modo que quizás ellos enrojezcan con la sangre de los tiranos, las espadas que debían teñirse con la sangre del pueblo. »

« ¿En qué punto estamos? me has preguntado aún. ¿No lo has escuchado? ¿No fue ayer cuando el inmundo Trépof fue golpeado por Vera la irreprochable, por la joven de eterno honor? ¿No hace ya tiempo que las balas de Solowieff han atravesado la cabellera del zar? Cuando un general amenaza o persigue a uno de los nuestros, un día encuentra bajo la servilleta de su mesa, bajo la almohada de su cama, una hoja de papel rojo donde están escritas estas palabras: «Presenta tu dimisión, si no morirás.» Si obedece se le deja vivir; si se resiste a la orden, muere. Sergius Zavroski, – funcionario de la tercera sección del gabinete del zar, – había sido enviado en misión secreta a Pultawa; vio a una joven muchacha y se enamoró. Ella se llamaba Srta. Achristof. Él le pidió una cita secreta; ella no lo rechazó. Pero, en lugar de la niña, encontró en el lugar indicado a tres hombres enmascarados que lo ataron a un árbol, le cortaron la nariz y las orejas y le introdujeron en el bolsillo una nota donde podía leerse: «Hemos cortado la nariz a Sergius Zavroski porque se atrevió a codiciar el perfume de una joven que es de los nuestros; ¡le hemos cortado las orejas porque es un chivato!» Si nos hace falta dinero no tardamos en tenerlo. ¿Falsificar moneda? ¿Por qué no? Todo lo que perjudica es útil. Más a menudo, mediante alguna vía subterránea, horadada bajo el palacio, nuestros afiliados se introducen durante la noche en los bancos imperiales y al día siguiente los cajeros dan dos pasos hacia atrás, estupefactos, ante los cofres vacíos. ¡Ah! ¡no sabes en que punto estamos! Ignoras pues que los polvorines saltan, que las ciudades se hunden en montones enormes de sus propias brasas, y que el múltiple incendio, siempre realimentado, se encarna y se desarrolla, convirtiéndose en desmesurado – ¡inmensa apoteosis del espantoso dios Nada! »

« –¡Oh! me estás asustando! le dije. Habla más suavemente, con más claridad también. ¿Quiénes son vuestros jefes? Ese comité – del que no se habla más que con pavor y al que obedecéis todos, a ese que se cuenta – ¿existe realmente? Dime, Warwara, los nombres de esos hombres terribles.

Ella me miró con aire arisco.

«–¡Cómo! ¿quieres conocer los sagrados nombres de los Doce?

«–Sí, respondí temblando.»

Levantó sus grandes y flacos brazos y exclamó:

« –¿Te sientes pues lo bastante fuerte para someterte a las pruebas de la temible iniciación? ¿Estás dispuesta a despojar los antiguos prejuicios? ¿Ya no amas a la madre que te ha criado ni a la nodriza que te ha alimentado? ¿Estás dispuesta, – si se te ordena, – a tomar el balancín del falsificador, el puñal del asesino o la antorcha del incendiario?

«–¡Oh! no, no, exclamé yo espantada.

«– ¿Con qué derecho me interrogas entonces, loca muchacha? »

XXIV

¿Qué podía responder a Warwara? Ella tenía razón. No debía revelarme secretos de los suyos, puesto que yo no consentía las terribles pruebas. En cuanto a consentirlas no era posible. ¡Yo, una nihilista! ¡Qué locura! Falsificar moneda, quemar casas, asesinar personas – y llevar gafas azules, ¡cómo las Guardianas de las Verdaderas Luces! ¡Oh! ¡no, no, nunca! Dije a Warwara: «¡No se hable más!»; y me dejó, no sin arrojarme una piadosa mirada.

Transcurrieron muchos días.

¿Piensas quizás que había olvidado todas esas cosas, e incluso a Boris, qué había comenzado a hacer visitas, a ir de compras a los almacenes, a acicalarme para los paseos y los bailes? En absoluto. Permanecí completamente confusa. Me llegó un vestido de París, ni siquiera lo miraba. Llevé hasta tal extremo mi soledad que di vacaciones a mi maestro de baile. Un día, viendo a mi madre repartir migas de un brioche a sus conejos del Japón, grité: «¡Vaya!, señora, ¿se pueden dar pasteles a los animales, cuando tantos hombres no tiene pan?» ¿Ves?, casi me había vuelto loca, sí. Pero era sobre todo el recuerdo de Boris lo que me atormentaba a todas horas. ¡Cruel apóstol! ¡apuesto mártir! ¿Dónde estaría? ¿Qué habría sido de él? ¿Aún vivía? ¿o su cadáver había quedado en la nieve al borde de algún camino? Tenía los ojos enrojecidos, pues no podía impedir llorar. Una compañía de actores franceses vino a M... para representar una obra; tuve que ir al teatro; mi madre me lo exigía; pero puse mis trajes de duelo. Por lo demás, el negro sienta bien a las rubias.

De pronto una horrenda noticia circuló por la ciudad.

Según contaban, los prisioneros de la fortaleza de M..., trasladados a Siberia, no debían quedar allí. Reunidos en número considerable con otros condenados políticos, serían embarcados y transportados a la isla Sakhaline, no lejos de las costas de Japón. ¡Esto era espantoso, querida! Desde luego Siberia es glacial y siniestra, pero al fin y al cabo se puede vivir allí, al menos algunos años, y en ocasiones se regresa. ¡No se regresa de Sakhaline! Es el país de las fiebres, donde los más fuertes sucumben, donde los propios adolescentes si no mueren enseguida, se hacen viejos y se arrastran, inválidos, sin esperanza, sin pensamientos, idiotas. Los más afortunados son aquellos que, al desembarcar sobre el suelo apestado, han respirado la muerte en la primera bocanada de aire. ¡Y era allí a dónde arrojarían a Boris! Si no moría, se convertiría en

un moribundo raquítrico; desaparecería su hermosa juventud, su orgullosa inteligencia se apagaría sobre su frente, – su pensamiento donde yo podía tener un lugar – al mismo tiempo que la llama de sus ojos puros, tan profundos... ¡Oh! pero entonces era cierto que el gobierno ruso era infame, que los funcionarios eran unos verdugos y que su amo era un monstruo.

Ya no pensaba en otra cosa. Tenía la fiebre como Boris la tendría. Tal vez me convertiría en una vieja, yo también, de repente. Una mañana, Warwara entró en mi habitación, despeinada, y me dijo:

–¡Han muerto!

–¿Boris? exclamé.

–Sí, Boris y los demás, o casi todos.

–¿En Sakhaline?

–Sus cadáveres han llegado allí. ¡Oh! ¡la barbarie de nuestros enemigos es sutil! ¡Escucha! Apenas llegados a las fronteras de Siberia oriental, los introdujeron y los hacinaron en un viejo navío medio roto, demasiado estrecho. Había lugar en él para cien hombres apenas; ¡eran más de setecientos! Y la nave partió con pocos víveres y agua corrompida. Al tercer día, los que se tenían aún de pie caminaban ya sobre cadáveres. Boris, herido, debió ser uno de los primeros en sucumbir. Ni siquiera arrojaban los cuerpos al mar. Al hambre y a la sed se añadía el peligro de las pestilencias. Se declaró una epidemia, horrorosamente rabiosa; ¡se morían sobre los cuerpos putrefactos! Doscientos setenta hombres, – oyes bien, ¡doscientos setenta! – han entregado el alma entre las exhalaciones pestilentes de los cadáveres; doscientos agonizaban cuando un marinero gritó: «¡Tierra!» La tierra, ¡no! ¡la tumba! pues los arrojaron a un amplio agujero, irreconocibles, innominados y a esta hora los escasos supervivientes merodean alrededor de la fosa, dispuestos a caer en ella a su vez.

Yo permanecía muda.

Sin duda debía estar muy pálida y tener una extraña mirada, pues Warwara, mirándome, no pudo reprimir un grito.

No añadió ni una palabra.

Se produjo un largo silencio.

Finalmente me acerqué a ella y dije tendiéndole la mano:

–Warwara, me entrego a ti. Estoy dispuesta a someterme a las pruebas, decididas a ejecutar las órdenes. Ya no amo nada más. Dame el puñal, dame la antorcha. ¿Dónde está la casa que es necesario incendiar? ¿Dónde está el hombre que debe morir?

Ella me respondió:

–Está bien. Serás iniciada.

Supe sombríos secretos. Los nombres de los Doce me fueron revelados. Se me explicaron los misteriosos entresijos del inmenso complot; cómo son transmitidas las órdenes, cómo son ejecutadas; donde y por qué medio se imprimen los boletines de la revolución y a que señales y a qué palabras se reconocen los afiliados. Comprendí y aprobé. Me corté los cabellos, llevaba un sombrero de paja oscura, sin velo ni flores; un vestido oscuro, estrecho y colgando como una vaina de espada, una delgada corbata negra alrededor de un pequeño cuello recto. Luego llegó una orden. Había que matar, y maté, – puesto que Boris había muerto.

XXV

Desde la mina de J... (Siberia Oriental), el... de 187...

Esta carta no te llegará, ¡mi princesa rubia! ¡oh! no, sin duda. Sin embargo el judío que llega a traficar hasta en las minas me ha hecho señas de que está dispuesto a complacerme si le pagaba bien. Mañana debe regresar. Le arrojaré mi carta. ¿La entregará? Y si la recoge, ¿no la llevará a los que nos vigilan? Tal vez me haya tendido una trampa. ¡No importa! quiero escribirte.

¡Querida! ¡querida! ¡ah! ¡Cuánto he sufrido! Unas personas han venido a despertarme antes del amanecer en la celda de la fortaleza. Unos cosacos como los que había visto la mañana de la partida de Boris. Duros, salvajes, con el rostro sangriento por la luz de sus linternas. Tuve que levantarme ante ellos; había uno que reía porque yo estaba delgada, y otro sonreía porque era bonita. ¡Casi desnuda, Stéphana! Pero me mostré impasible, – gracias al recuerdo de Boris. ¿Se me iba a golpear como a él? ¿Se me enviaba a Siberia o a Sakhaline? No pronuncié ni una palabra. Esperaba. Me llevaron.

En el patio de la fortaleza había hombres y mujeres a los que vigilaban otros soldados. Se nos agrupó. Me situaron entre dos pobres muchachas que sollozaban hasta partir el alma. ¿Qué habían hecho? Sus verdugos tal vez lo supiesen: ellas lo ignoraban.

De repente sentí algo pesado que me apretaba el cuello. Teníamos las tres la nuca bajo el yugo, como bestias de tiro. ¡Oh! hermanita, ¡un collar de perlas un poco pesado me hacía daño antes!... Pero me levanté, altiva bajo la tortura. Las fustas chasquearon. ¡Partimos para Siberia!

¡Invierno! ¡era invierno! sólo los enfermos iban en los carromatos con los equipajes. Nosotras íbamos a pie; destrozadas por la marcha nuestro sudor se congelaba dejándonos una especie de carne de nieve. Los caminos eran muy duros. Mis zapatos se rompieron de tanto uso y tuve que caminar con mis pobres pies desnudos. ¿Recuerdas? tan blancos, tan rosas, ¡casi tan bonitos como los tuyos! La tierra fría los quemaba, los

desgarraba y salía sangre formándose unos coágulos de hielo rojo. Y caminar siempre bajo el yugo, bajo los copos, con el rostro acartonado por el viento frío y el polvo de nieve, – ¡pequeños copos en los cabellos, en las pestañas, en los labios! Por las noche un sueño entre temblores en una granja mal cerrada o sobre la estufa apagada de alguna apestosa cabaña. Luego a ponerse en marcha entre la niebla helada que pincha en la piel como una nube de agujas.

Tras varios días de viaje, – ¡ya no los contaba! – habíamos dejado atrás Tobolsk y llegamos cerca de la Ienisseï, en las oscuras llanuras donde el invierno se prolonga durante seis meses, donde el más largo de los días buenos no duran más de seis horas. ¡Pero qué importaba a partir de ahora la luz del cielo! ya no debía existir más para mí. Descendí a ese infierno que se llaman las minas.

¡Oh! querida, apenas puedo sostener el lápiz entre mis dedos rotos, sangrientos, que han destrozados las duras herramientas! ¡Las minas, las minas! es un lugar espantoso. ¡Oh! si se pudiese morir enseguida. Escucha, trata de imaginar. ¡Es espantoso, te digo! En una oscuridad en la que nunca ha penetrado un rayo de sol, se nos obliga a nosotras, las mujeres, a horadar la tierra, a partir la roca para extraer cobre o mercurio. Detrás nuestra, unas puertas de hierro donde vigilan taciturnos centinelas, nos separan para siempre de la vida y la libertad. Unos supervivientes nos rodean, nos observan. Si una de las condenadas vuelve un instante la cabeza, si se queja, si finalmente rota deja caer el pico, las horribles correas del knout silban en el aire y caen desgarradoras. Las desdichadas que llevan mucho tiempo en las minas están en un estado lamentable. Mujeres, no, ¡espectros! Sin cabellos, casi sin carne, se arrastran, agitadas por ese temblor que causan los vapores de mercurio y extenuadas, moribundas, no importa, semejantes a octogenarias, trabajan bajo el látigo. Ahora bien, entre esas mujeres hay algunas que son inocentes o que fueron heroicas. Algunas, – jóvenes muchachas antaño, – han sido condenadas por haber dado pan a un proscrito, por no haber revelado su escondrijo; otras son orgullosas polacas, y su crimen es haber llevado bajo los ojos de los asesinos el duelo de su patria asesinada.

Un trabajo horrible del alba al anochecer, y, por la noche, un sueño a menudo interrumpido por las rondas, en unos agujeros donde no se puede penetrar más que reptando como animales; tal es la vida en estos oscuros abismos. Dos veces al año solamente, – en Navidad y en Pascua – los condenados pueden descansar, subir a la tierra donde viven los hombres y las mujeres, ¡y mirar la belleza del cielo!

XXVI

Desde el pueblo de J... (Siberia oriental), el... de 187...

¡Qué débil es una muchachita, aunque quiera ser valiente! Un día, mis pobres fuerzas desfallecieron; caí, ¡hermanita querida! y no pude levantarme, aunque me golpearon para obligarme a ponerme de pie. ¡Qué daño hace el knout! pero me era imposible moverme. Se había acabado; creía que estaba muerta. No sé si se tuvo piedad de mi o si se tuvo miedo del aprieto de un cadáver en las minas; me transportaron, y abrí mis párpados completamente refrescados por el aire del cielo. ¡Qué bueno es ver el día, incluso gris! y precisamente, como era el mes de mayo, de lejos venía – la naturaleza otorga flores por todas partes incluso en Siberia – un buen olor de primavera reciente. pero fue un corto instante de bienestar y raptó. Los hombres que me habían sacado de las mina me llevaron a una amplia y sucia choza donde no penetraban ni la luz ni los perfumes, y donde debí quedar acostada, sobre un lecho de hierbas podridas, apestosas, entre otros enfermos que gemían, que quizás daban sus últimos estertores. ¿Cuántos días permanecí en esa especie de sórdido hospital? No lo sé; tenía fiebre. Ignoro si había allí médicos para cuidarnos. Alguna vez un pope se acercaba y me decía que tal vez no pasaría de esa noche y que ya era el momento de arrepentirme.

Curé. Pero estaba tan débil aún que no se me obligó a regresar a las minas. Incluso pude salir sola por las llanuras alrededor de la triste aldea. ¡Oh! era inútil vigilarme; era sabido que nadie podía huir. Alrededor de los exiliados siberianos hay un infranqueable desierto.

¡Ah! querida, ¡qué hermoso paseo cuando salí por primera vez! todo me parecía nuevo y encantador. Imagínate que hasta el horizontes me parecía azul como un mar lejano, y había en los pequeños árboles de un verde claro, pájaros que cantaban. Había visto hermosos bosques en tu Polonia y bellas llanuras floridas en mi Rusia; pero jamás me había encantado tanto un paisaje como el que tenía ante mí en esta árida estepa, donde florecían apenas algunas pálidas flores, bajo un cielo apagado, apenas atravesado aquí y allá por algunos rayos de sol.

Antes, en la oscura tristeza de las minas, siempre pensaba en Boris; ahora todavía pensaba en él, pero de otro modo. Estaba como si hubiese ignorado que él estaba muerto

y me decía a mi misma: «¡Qué agradable sería pasearnos juntos, sólo, en esta soledad que la primavera hace tan sonriente, y verle sonreír a él también!... »

Me detuve, lancé un grito! Allí, delante de mí, sobre el camino, entre unos condenados que transportaban tierra o que cortaban rocas, había visto, veía a un hombre que se parecía a Boris. ¡Ah, era él, querida! Me precipité, corrí, caí en sus brazos, ¡en sus brazos!

Lloraba y reía. Me explicó las causas de su presencia en J.; herido, a punto de morir, no había podido ser transportado a Sakhaline; lo habían dejado en Siberia. Lo empleaban en los trabajos de los caminos; ¡por lo menos no había conocido el horror de las minas! Yo también le contaba lo que me había ocurrido: mi dolor cuando había partido; las enseñanzas de Warwara; mi iniciación; la terrible orden, y mi brazo, ¡mi brazo de niña que había matado! Él se estremeció. Pero me miraba con una inefable ternura, y vi en sus ojos, donde afluían unas lágrimas, un audaz brillo de orgullo. ¡Estaba contento de su alumna! ¡Me juzgaba digna de él! Yo sentía todo mi corazón desfallecer de embriaguez, mientras él, arrodillado ante mí, besaba con palabras tiernas, mis pequeñas manos que habían sido rojas.

¡Soy suya! ¡soy suya! soy su mujer, su amante. ¡Ah! ¡le pertenezco, querida! Sin que un juez haya proclamado nuestra unión, sin que un sacerdote la haya bendecido, nos hemos entregado el uno al otro según la soberbia ley del amor libre, bajo el cielo amplio y claro; y un foso lleno de flores de la tierra del exilio ha sido nuestro lecho nupcial. ¡Qué importan los trabajos diarios, los insultos y los golpes! Somos los felices del infierno. Y, cada noche, después de la dura tarea, con las manos en las manos, mi cabeza sobre su hombro, mi mirada en sus ojos, nos alejamos del pueblo, subimos a una pequeña colina donde la hierba es suave como un colchón, donde unos árboles nos ocultan, y allí, después de los besos divinos, miramos de lado la querida y desgraciada Rusia, donde los buenos sufren, donde los infames se regocijan; miramos durante mucho tiempo, siempre, ¡con la ilusión de oír alzarse a lo lejos los gritos de la liberación y de ver el cielo completamente iluminado por las llamas vengadoras!

FIN

Este libro se acabó de traducir el 16 de marzo de 2009 en Pontevedra